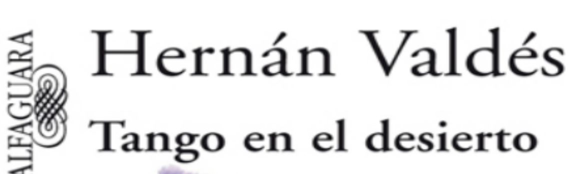

ALFAGUARA
Hernán Valdés
Tango en el desierto



Hernán Valdés

Tango en el desierto

Con Rike, tangueando.

La llegada

El que viene ahí adentro, en el camión de la basura, soy yo. Normalmente no me haría mayor gracia este medio de transporte, pero tanto he soñado con el desierto, o mejor dicho, tanto he jugado con la idea de estar en el desierto, que a la hora de acercarme a él me invade un perverso regocijo. Incluso llego a olvidar las diversas porquerías infligidas durante el cautiverio por nuestros opresores. Además, como es sabido, los mecanismos somáticos de defensa permiten que el olfato, al poco tiempo, ignore los hedores y aun más, que los suplante, como en este caso, por la preaspiración de un aire de cálidas arenas. Estamos hechos para ignorar lo que nos fastidia y para magnificar lo que nos place. Así que, apiñado junto a los otros en la oscuridad del camión que transporta a los deportados cada semana, me regocijo con imágenes de arenas doradas, palmeras y todo el resto de la decoración. Ya en su destino, la plataforma del camión se levanta oblicuamente y la carga se desliza, desgranándose, sobre el pavimento del patio del cuartel. Enseguida sus componentes, contusos y confusos, entre otras, oímos la voz del sargento que nos conmina a ponernos en fila y a correr «para airearse, los hijos de puta». Después de repetidas vueltas por el patio, prontos a las alucinaciones, por la fatiga y la luz cegadora del desierto, un oficial, desde una plataforma, sobre la cual aún yacen los instrumentos de la banda de música, nos hace parar y nos comunica, sin demasiada convicción, las condiciones de la deportación: el alojamiento y la subsistencia serán asuntos de la responsabilidad de cada cual, no podremos salir de un cierto radio de la ciudad ni buscar ocupaciones remuneradas; no deberemos formar grupos y cada día deberemos presentarnos al cuartel para firmar. Por último, con voz monótona, nos enumera los castigos por eventuales transgresiones. Luego nos ordena ponernos en fila india, mientras dos soldados abren el portón del patio y un sargento, situándose a la cabeza de la fila, nos va expulsando uno a uno al exterior mediante una patada en el trasero. Son puntapiés más bien amables, «una pura formalidad, mi amigo», me dirá después, al encontrármelo en el bar de don Zoro, «para cumplir con las instrucciones».

Afuera, encandilados por el sol, los deportados nos dispersamos rápidamente en distintas direcciones, ansiosos de reconocer el lugar, de hacer uso de nuestra condicionada libertad y, sobre todo, de buscar algún cobijo y modo de subsistencia. Anonadado por el resplandor, sin percibir aún nada del exterior, veo que el oficial se me acerca con un aire risueño y me entrega una tarjeta. «Suerte de la gran puta que tienes, me dice. Caíste parado. La barona

von Floto te espera. Perdón, le espera. Dice que puede ser usted su sobrino». Y ante mi total carencia de expresión, haciéndome un gracioso saludo militar regresa al cuartel, contoneándose. Qué podía decirle. Estoy demasiado desorientado y encandilado por el aire radiante como para prestar atención a cualquiera de esos típicos juegos militares, consistentes en ofrecerte algo para luego matarse de la risa por tu credulidad. Guardo la tarjeta en un bolsillo, ya veremos. Avanzando unos pasos, volviéndome, descubro el lugar de donde he sido expulsado, especie de fuerte sahariano, rectangular, de altas murallas de adobe con unas torrecillas rudimentarias, en una de las cuales un soldado se asa, dormitando sobre la metralleta, y detrás veo la montaña pelada, sobre cuya falda, mediante dos zanjas transversales espolvoreadas de blanco, se ha trazado una gigantesca cruz que evoca, en el forastero, ciertos dibujos atribuidos a visitantes extraterrestres. Ahora que mis ojos se adaptan a la luz me doy cuenta de que la atmósfera es rojiza, crepuscular y a la vez ardiente, y que dentro de ella el sol parece una naranja aplastada en la mitad del cielo. Me pregunto si es lo propio del desierto. Volviéndome, percibo que en el lado contrario está el mar. Pero, a través de esa bruma calcinante, la masa de agua, del mismo color que la atmósfera, es engañosa, más bien una idea pervertida del mar, un espejismo. Como sea, me digo, lo importante es no perder el humor. Aun con las limitaciones del destierro, la libertad me restituye la impresión —no ignoro que falsa— de recomenzar desde cero. Es lo propio de mi destino, qué voy a hacer. Por lo demás, mis sentidos acaban de reavivarse y, con ello, percibo mi propio hedor. Por lo tanto avanzo hacia el agua. Pero cuanto más me acerco a esta, esta más se aleja. Unas lenguas líquidas, fatigosamente, se introducen por un laberinto de desechos del caos, un pandemónium de rocas cenicientas, quebradas y filudas, especie de escorias de una fundición colosal, y se escurren velozmente hacia el interior antes de que yo pueda llenar con ese líquido el hueco de mis manos juntas. Repto entre los filos, persiguiendo el agua, puesto que caminar es imposible, y así, aferrado a las salientes dentadas, deslizándome de hueco en hueco, logro ganar una especie de nicho lleno de cangrejos, y allí, luego de desnudarme y colocar mi atado sobre un pico, aovillado, dejo que la espuma, al menos, me lama. Solo que es una espuma sospechosamente coloreada y que los cangrejos, para no decir lo peor, me incomodan. A lo lejos, hacia el horizonte, más allá del roquerío, las olas estallan como llamaradas. Hundo la cabeza en la poza y mientras lo hago desaparezco bajo una ola gigantesca venida no se sabe de dónde. Tras la resaca me descubro cubierto de algas y arena. Solo me faltarían las escamas para parecer algún dios mitológico.

Al regresar, saliendo del roquerío, recién observo que en vez de arena la playa está formada de un fango rojizo que se seca en cuarterones y luego se transforma en polvo en la proximidad del cuartel. En cosa de segundos mi piel está nuevamente seca, pero ahora recubierta, además, de una película rosa que me da la apariencia de un cerdo recién desollado. Me sacudo, palmoteándome, y considerando que es mejor alejarse del cuartel vuelvo a vestirme. Pero mis

ropas hieden.

Lo importante es no desanimarse, me aconsejo, y a falta de recursos más estimulantes, saco del bolsillo del pantalón la tarjeta que me había entregado el oficial. Baronesa Cybeles von Floto, El Edén, leo. Una baronesa que aparentemente presume tener conmigo algún parentesco, bien puede ser otra de aquellas habituales bromas militares. Hemos conocido un buen lote de ellas. Pero qué cuesta imaginarme presentándome en esa dirección, repitiendo lo que me ha dicho el oficial. Seguro que de existir y suponiendo que en Antófaga habitase una baronesa, asunto pintoresco, por cierto que su intendente o lo que fuere me echaría a patadas. Y, sin embargo, qué propenso soy a dejarme cautivar por fantasías. Gran parte de mi vida, las causas que me han conducido a estas circunstancias, ¿no han sido acaso el resultado de empecinadas fantasías? De pronto ese nombre, Cybeles, me trae a la memoria el nombre de una tía a la que nunca conocí en los años de mi pubertad, especie de fantasma prohibido por mis otras tías, con las cuales vivía, y a la que solo creí descubrir en una fotografía. ¿Qué absurda relación puede haber con el nombre de esta baronesa? Intrigado, en busca de indicios, miro hacia el mar, los roqueríos purpúreos, extendidos un par de kilómetros hasta un punto donde realmente el cielo se vuelve azul y el agua lo refleja, pero no de color azul, sino porfiadamente verde. Sin decidir nada aún, estimo que lo importante, por ahora, es mudarme de ropas y acudir donde un barbero. Los militares pueden despanzurrarte, pero, eso sí, respetan el dinero. Una cuestión de honor para ellos, que nada tiene que ver con alguna deontología napoleónica, sino que ha de estar motivada por el ansia, presumo, de mostrar alguna diferencia entre el militar y el asaltante, de modo que me han devuelto la billetera. Echo a andar en la dirección donde se puede suponer un pueblo, cruzando un espacio en el cual los últimos roqueríos están cubiertos de trastos, bolsas de plástico, docas calcinadas y donde aún quedan pozas dejadas por la pleamar, agua roja, espesa, llenas de materias en descomposición.

La calzada es de polvo rojizo y allí donde comienza la acera, de baldosas de cemento, puedo trazar sobre ellas las letras de mi nombre con la punta del zapato. Las casas se elevan apenas a una modesta verticalidad respecto al suelo, horadadas de puertas enanas y ventanucos empolvados en cuyos rebordes se mantienen, olvidados, potes con vegetales tiempo atrás resecos. Algunos techos me llegan a la altura del hombro. Caminando, paso los dedos por los corroídos mástiles de los faroles, por los muros, por los troncos de unos mutilados arbustos que de tanto en tanto crecen, retorcidos, al borde de la acera, y siempre quedan sobre esas superficies huellas de mis trazos y sobre mis dedos una pasta como de salsa de tomate. Encuentro pocas personas a medida que avanzo. Solo niños que juegan en el polvo con los pies desnudos, como de terracota. Más allá las casas aumentan bruscamente su verticalidad en un piso. Pronto desemboco en una plaza. Nuevos edificios en construcción. Reconozco la comandancia, el correo, la iglesia, el municipio. Entre viejos pimientos empolvados en el centro está el quiosco de música y la estatua

ecuestre de algún héroe. Me gustaría pararme y discutir con alguien esto de la necesidad existencial de los héroes en todos los pueblos como este, pero no se dan las circunstancias. En busca de una tienda de ropa oigo que alguien me llama desde el interior de una venta. Es Pompeyo, sentado a una mesa, bebiendo una cerveza dentro de un boliche que es a la vez verdulería, carnicería, mercería y bar, entre otras cosas. No entiendo bien por qué él, temido dirigente de las Vanguardias Proletarias, ha sido simplemente desterrado, mientras muchos de sus seguidores siguen en la cárcel.

—¿Tú aquí?

—¿Y qué quieres? Como todos.

—¿Cuándo llegaste?

—La semana pasada. ¿Y tú?

—Recién ahora.

—Y se te nota. Los otros ya andan por ahí, instalándose. Y tú, ¿te quedaste dormido?

—Me bañé en ese fango de mar.

—No embromes, hay playas magníficas, dicen. Verás, nos broncearemos, y así podrán hacer creer que nos mandan de vacaciones.

—Y entretanto, ¿has pensado cómo vamos a sobrevivir?

—Qué hablas de sobrevivir. ¿No sabes que nos esperan? La Paulina ha organizado una fiesta de recibimiento.

—¿Qué Paulina?

—¿No te acuerdas? La socióloga. La que afirmaba que el servicio doméstico era otra forma de prostitución. Que cada hogar burgués era un pequeño harén. Yo no sé si la pobre exageraba un poco. Pero qué le vamos a hacer. La revolución era la revolución.

—¿Está aquí? ¿Y cómo puede organizar fiestas? ¿Con qué medios?

—Pero tú estás colgado. Encontraron una vieja carpa abandonada. Dicen que de un circo chino, cuyos artistas y fieras desaparecieron. Anda a saber cómo y por qué. Tantas cosas desaparecen en el desierto. El asunto es que la han reparado y viven ahí. No sé cuántos. Es un quilombo.

—Es que verás, tengo otra invitación. Puede que sea una broma. —Le muestro la tarjeta de la barona y le cuento lo dicho por el oficial. Pompeyo me mira socarrón y se echa a reír.

—¡Pero qué pasmado! Es una trampa.

—¿Trampa? ¿Qué más trampa que esta, donde estamos?

—Quieren captarte para ellos. Conozco sus recursos. Cuando no resulta la fuerza, acuden a la seducción. Debe ser una gran puta tu barona.

Sé que Pompeyo ve intrigas por todas partes, tentaciones desviacionistas y no le tomo demasiado en serio. De todos modos, dejo que me indique la dirección del circo.

—Voy a pensarlo —digo—. Por ahora me buscaré otras ropas.

—Te recomiendo las de explorador británico —dice despidiéndome, y advierto que lleva un chaleco de algodón color arena, de mangas cortas, lleno de bolsillos, y un casco.

Después de rebuscar en la tienda de un árabe donde encuentro solo disfraces orientales, entro en la próxima, de un judío, donde la ropa, de confección pretérita, cuelga de unos cilindros herrumbrosos. Tengo que elegir el vestuario tomando en cuenta tres consideraciones, esto es, que me proporcione la apariencia menos grotesca, que coincida aproximadamente con mi talla y cuyo precio esté al alcance del escaso dinero que graciosamente me devolvieron antes de despedirme a patadas. Tras una discusión en la que el tiempo parece no contar para nada y que el hombre insiste en desviar hacia temas incongruentes, me someto a su negativa de mayores rebajas, me mudo allí mismo y dejo lo que llevaba para la basura. ¿Qué parezco? Probablemente un gánster a quien han devuelto el traje tras veinte años de prisión, me digo, palpando la tela extraña, el color de otros tiempos. Luego considero que dondequiera haya de ser recibido debo estar mínimamente presentable, por lo cual entro en la primera barbería, cuya enseña ofrece, además, servicios de poner inyecciones y curación de enfermedades venéreas.

Al sentarme caigo en la cuenta de que hace meses no me he mirado en un espejo. Mi primera impresión es la de no estar ahí. Una usurpación, eso es lo que ha ocurrido con mi cara. Algo de mí se ha ido y ha sido reemplazado por una máscara neutra. No sé si me disgusta. Quizás tiene algo de positivo, debo considerar sus ventajas y desventajas. Quizás este rostro indiferente me ofrece la oportunidad de mostrarme de otra manera, sin mis viejas emociones, sin historia. Pero algo, algo queda, sí, ese hábito de mirarme y mirar a los otros con el lado izquierdo de la cara, tal vez debido a mi zurdera, algo que me ha traído antes algunas desagradables consecuencias en el trato con autoridades y policías, además de malentendidos con las mujeres y, ahora, una cierta inquietud en la mirada del barbero.

Una vez que me ha enjabonado, el barbero, un anciano que no dispone sino de un solo brazo para su faena, me pregunta —irónicamente, sospecho— si soy turista.

—Desterrado —respondo, no sé si burlona o agresivamente, y miro a mi interlocutor a través del espejo.

—Si uno se ocupa de lo suyo y sabe ignorar el resto, este puede ser un lugar agradable —dice, echando una mirada a la tela de un biombo donde flores de loto emergen de un lago visitado por las moscas.

—Pero yo no sé qué es lo mío —me oigo decir, con una melancolía que me suena sospechosa, pues con la mitad de la cara enjabonada no puedo saber qué siento en realidad.

—Antes venían muchos turistas. Por lo de las momias, me entiende. Se ha convertido en una moda. Pero con tantos desterrados el negocio se ha echado a perder.

—¿Las momias? ¿Qué moda?

—¿Pero de dónde viene usted? El desierto está lleno de momias. Caprichos de los antiguos indios. Ahora cada familia decente quiere tener una en la sala. Gustos de los tiempos.

—¿Cómo? ¿Cómo? —me cuesta entender y aún más me cuesta volverme para mirarle directamente a los ojos.

—Son los tiempos —sigue diciendo—. La gente se vuelve hacia el pasado. Los objetos antiguos dan seguridad.

—Puede ser —admito, después de un momento—. Los objetos, los muebles antiguos, sustituyen la historia.

El barbero se encoge de hombros y mira el filo de su navaja.

Cuando ha terminado, ya un poco menos insatisfecho de mi apariencia, le pregunto por la dirección de El Edén y el barbero me examina como tratando de rectificar su primera impresión del cliente.

—El Edén es una villa y parque privado —me informa—. Muchos turistas preguntan, pero, que yo sepa, nadie ha sido admitido.

—¿Vive allí una barona, sabe usted?

—Un barón y una barona. Aparte de las autoridades, nadie les visita. Pero podrá ver algo desde afuera, si le interesa. Quizás, más allá de los muros que rodean el palacio y el parque, algunos de los pavos reales sobre los árboles, si tiene suerte.

El Edén

Entre la invitación para una fiesta bajo el toldo de un circo chino abandonado y aquella de la supuesta barona me pareció, por simple curiosidad, que debía intentar probar la segunda. Siempre he cedido a la curiosidad. Por lo tanto, siguiendo las indicaciones que me proporcionó el barbero, eché a andar en la dirección del mar, al otro lado del pueblo. Aún hoy me veo entonces avanzar, incauto, hacia este disparatado destino.

Después de abandonar las últimas casas de Antófaga, si uno puede hablar de casas al mencionar esas construcciones hechas de restos de naufragios y desechos, donde habitan los colectores de vidrios y metales del basural próximo, percibí, envuelta en la misma bruma rubescente de todo el lugar, la villa. Un producto triunfal de la arbitrariedad creadora respecto al entorno, el desierto, y la precariedad de las obras locales. Una provocación arquitectónica, al estilo neoclásico prusiano, de piedra gris, hoy carcomida por la sal. Cercada por la muralla igualmente de piedras, estas rojizas, rematada por astas de hierro curvadas hacia el exterior, desde lejos se la ve solamente a partir de su primera planta, con sus ventanas acornisadas, balcones sostenidos por atlantes o amazonas y su techo bordeado de balaustradas rematadas por trofeos. Más allá, vagamente, esa mezcla burlona de todo el desierto circundante: copos de palmeras, jacarandás, mimosas, enrojecidos, como todo el resto, por el polvo envolvente. Al acercarme aprecié mejor la altura y la extensión de la muralla, que recuerda la de algún castillo medieval. El portón, en dos hojas de metal verdecido, estaba, como hoy, rematado por la enseña escrita en cintas de hierro: El Edén. Tiré de la manija y allá, en el fondo, sonó una campana. Después de unos minutos debí llamar por segunda vez. Al fin se abrió un mirador y una mujer de edad imprecisable, de cara robusta, redonda, y la cabeza ceñida por una toga blanca, preguntó, hostilmente, qué buscaba.

—¿Es que no sabe leer? —me espetó, cortando mis palabras y señalando algo sobre mi cabeza. Hay, en efecto, un letrero metálico, oxidado, como todo el resto, que aun después, más bien por negligencia, he dejado en su lugar. Debí descrifrar: «No se atiende a turistas ni a mendigos». Le entregué la tarjeta del oficial.

—Pero usted huele a muerto —exclamó, apartando la cabeza hacia otro lado y cerrando de un golpe—. Espere aquí, iré a preguntarle a la barona.

Y ahí me quedé un buen rato, espiando por los resquicios esta construcción de fantasía, el antejardín de plantas exóticas vuelto salvaje y que ahora, últimamente, intento restaurar, y entreviendo por los bordes de la

mansión realmente un bosquecillo, en este lugar donde hasta entonces —excepto los pimientos de la plaza— no había visto árbol alguno. Frau Kapinski —así me sería presentada después— regresó con una expresión ceñuda y resignada.

—Sígame —me ordenó—. Antes de ver a la barona deberá bañarse y mudarse de ropa.

Pero, tras entreabrir una hoja del portón, no me hizo entrar por la puerta principal, cuya escalinata se abre hacia el suelo en abanico, con dos leones recostados coronando los pilares, sino por una puerta lateral, la del servicio, que conduce al entresuelo, un pasillo lleno de cuartos cerrados, y a la cocina. Abrió una de ellas, que es baño y cuarto de aseo.

—Mientras se baña le traeré otra ropa.

De manera que ni siquiera mi ropa recién comprada —inapropiada para el estilo de la casa, quizás— era aceptable para la circunstancia. Estuve a punto de enviar a esta gobernanta o lo que fuera al demonio y marcharme. Pero la perspectiva de una verdadera ducha, después de aquella inmersión en la sopa marina que había dejado adherencias en toda mi piel, me retuvo. A veces las consideraciones prácticas se imponen sobre las morales y uno es víctima de las necesidades. De ahí viene todo.

Al regresar ella, sin importarle el encontrarme desnudo y mojado, me entregó un par de perchas, de las que colgaban camisa, ropa interior y el verdusco traje bávaro. Alguna vez, ya por pura diversión, he vuelto a disfrazarme con él. Unos botines relucientes completaban el atavío. Con un ademán conminatorio para que actuara con rapidez me dejó unos instantes solo. Desde entonces, pese a todo lo ocurrido, Frau Kapinski no ha modificado fundamentalmente su actitud hacia mí. Si algo ha cambiado, ello ha sido más efecto de su obediencia al objeto de su devoción, el barón, que de un cambio de opinión sobre mí. Anoto ya que es alta, de hombros anchos y cuadrados, de piernas delgadísimas y un cuerpo amplio, sin contornos definidos, siempre cubierto por un guardapolvos gris; que la cara, blanda, con ojos pequeños y desconfiados, queda apenas enmarcada por los bordes de un pelo lacio grisonante que alguna vez fue rubio y que habitualmente cubre con una toga o turbante, y que siempre se ha dirigido a mí fijando los ojos en otro punto, como para señalar mi calidad de vacío, de prescindible.

Al ver el ridículo traje sentí nacer un nuevo e inútil impulso de enojo y rebeldía. Iba a devolvérselo, pero advertí que ella ya había cogido el mío entre dos dedos de sus guantes blancos, y que con un gesto de repugnancia desaparecía con él, sin duda en dirección a la basura. Estaba pues en la trampa: o desnudo o disfrazado. Regresó y, sin oír mis protestas, se puso a vestirme ella misma, como quien lo hace con un muñeco porfiado. Luego se alejó y me contempló, desaprobadora.

—Que el cielo me perdone —dijo para sí.

Y tirándome de la manga me hizo salir al exterior y esta vez me condujo

por la entrada principal hacia el vestíbulo y luego hasta el salón, en cuya penumbra solo distinguí, al comienzo, los altos muros cubiertos de gobelinos, el cielo raso revestido de paneles rectangulares, de madera oscura, tallados en foliajes, con los centros esculpidos en rosetas en relieve. Y en la parte más oscura, opuesta a las ventanas de cortinas corridas, pero crecientemente llamativa, como de pronto iluminada por un preciso reflector, descubrí la figura de una mujer. De pie sobre el tercer peldaño de la escalera adosada al muro, el brazo moreno resplandeciente de pulseras, apoyado ostentosamente sobre la baranda, vestida de un largo traje de lamé firmamentado de lentejuelas, los hombros desnudos, sobre los que caía, en melena, un pelo negro liso, estuvo examinándome.

—No es muy apropiado para ti, hay que reconocerlo —dijo, sin bajar aún —. O mejor dicho, tú no eres muy apropiado para el traje.

—He venido solo porque...

—Ya lo sé. Porque no tenías adónde ir. Pero a Bruno le sentaba admirablemente. Eran otros tiempos, y otro Bruno —agregó después de una pausa, mientras descendía majestuosamente los últimos peldaños, como quien avanza hacia un escenario, los brazos extendidos, en señal de gratitud por el aplauso de cientos de espectadores. Dio una vuelta alrededor mío, examinándome de arriba abajo.

—Me han dicho que existe alguna posibilidad de que seas mi sobrino.

Reconozco que la perturbación producida por su figura, esa iluminación teatral sobre ella en un palacio fabuloso justo después de salir yo expulsado del camión de la basura, me llevó a desafiar los límites de lo verosímil.

—Eso me han dicho también, que usted podría serlo, pero... —No pude seguir, humillado por mi apariencia, aspirando su perfume, observando las flexiones de su cuerpo, que seguía rodeándome. En ese instante, como poseído de un acceso febril, sentí unas abrasadoras ganas de que fuera mi tía, mi hada madrina, el mismo demonio. Parecía tan bella, tan joven aún. No podía ser.

—Bien, ya veremos. Sería encantadoramente extravagante. Pero mi vida lo es. ¿Has comido?

—Solo algo de pan, en dos días.

—Ah, ah. El hambre es el peor enemigo de la amistad. Y de la libertad, claro.

Presionó uno de los timbres que hay en el borde de la robusta mesa de centro, rodeada de vetustos sillones de cuero, y casi de inmediato asomó Frau Kapinski, que recibió la orden sin mirarme y regresó pronto con una bandeja aparentemente ya preparada y llena de fiambres, pan, fruta, una jarra de agua.

—Siéntate y come. Ya hablaremos.

Encendió un cigarrillo y me miró comer, en silencio, con la expresión divertida de estar preguntándose qué uso podría hacer de mí en caso de que efectivamente hubiera sido mi tía o yo hubiera sido o pretendido ser su sobrino.

—Sé que tuve un sobrino —dijo al fin—. Le vi algunas veces, cuando era niño. Pero era rubio.

—Todos decían que yo era rubio de niño.

—¿Y cómo saber que aquel eres tú?

—La tía Evangelina, la tía Agustina.¿le dicen algo?

—¡Evangelina! ¡Agustina! ¡Qué nombres! —Mi anfitriona se estremeció de la risa y sus pulseras tintinearon en sus brazos levantados.

—Había también una tía Cybeles. Era la menor. Pero solo la vi en una foto.

Sofocó la risa, me miró seriamente, algo incrédula.

—¿Una foto?

Adolescente, aburrido en la enorme casa silenciosa, yo vivía intrigado por aquellos susurros de las tías sobre tía Cybeles. No se sabía en qué momento de inobservancia de su estricto catolicismo mis abuelos le habían dado ese nombre pagano. Los susurros, las caras crispadas, el miedo a lo prohibido en los ojos, no se me escapaban a través de los espejos o detrás de las puertas. Con la expresión de idiota adecuada al carácter hipócrita de nuestras relaciones, yo entresacaba de todo aquello pequeñas informaciones. Todo ese misterio alrededor de tía Cybeles exacerbaba mi imaginación. La figuraba con una sonrisa perversa, burlona. En ausencia de ellas registraba cajones de los muebles, baúles, trastos. En el álbum familiar encontré la foto de primera comunión de una chica morena de grandes ojos y mirada desafiante que parecía mofarse del ridículo trajecillo blanco y la azucena que sostenía en una mano, y supuse que aquella podía ser Cybeles. Luego hallé un par de postales, una enviada de Buenos Aires, la otra de Madrid, con saludos. Por último, comparando la foto de la primera comunión con la foto de un recorte de periódico, la descubrí entre un grupo de jóvenes que participaban en un concurso radiofónico de canto. Pero de eso, en qué circunstancias tía Cybeles había abandonado la familia, no pude descubrir nada. ¿Cómo podía ser que una chica salida de una familia burguesa empobrecida, que creía poder mantener su respetabilidad ateniéndose a una moral rigurosa, cómo podía ser que se hubiera largado un buen día al extranjero? ¿Con qué medios? ¿Con qué propósitos?

—Solo entre susurros las tías se referían a ella. Ya el nombre, en sí, les producía temblores en las voces —me atreví a contarle.

Le conté todo eso atropelladamente, entre bocados, convencido de que con esas alusiones establecía una complicidad y nos hacía formar parte de una familia. Ella me observaba, como si esta especie de colaboración para establecer un parentesco la llenara de admiración.

—Usted se ríe, como si todo eso le dijera algo —agregué, para que no creyera que intentaba forzar las coincidencias—. Solo mucho tiempo después me di cuenta de que en aquel tiempo las tías no debían haber tenido más que unos veinticinco años. Pero yo las veía como unos vejestorios. Si usted fuera

mi tía tendría que ser aquella Cybeles. No había otras.

—Y dime, ¿tengo algún parecido?

La miré largamente. Entre esta mujer refinada, cuidadosamente vestida y maquillada, y aquella chiquilla de mirada desdeñosa no había mucha semejanza. Tuve que reconocerlo. Pero toda esa atmósfera espléndida, sólida, tan abrumadoramente real en medio de un desierto y de un pueblo insignificante al que tendría que regresar, me indujeron a forzar la imaginación.

—Creo que no podría existir la una sin la otra —dije, lo menos cínicamente posible.

—Sin embargo... ¿Fumas?

Cogió un cigarrillo de un cofrecillo de marfil y me ofreció otro. La inhalación del humo me sumió aún más en esa atmósfera, en ella.

—Sin embargo... se paseó, echando volutas—. Sí, no está mal. Un filósofo decía que la semejanza es a veces mejor que la igualdad. Yo podría haber sido aquella Cybeles tuya. ¿Por qué no?

—¿Y entonces sería yo su sobrino?

—Según tu historia, sería lo más natural.

—Pero entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué casa es esta? ¿Qué es eso de ser, como dicen, la barona von Floto?

Ella extendió sus brazos morenos hacia los lados, haciendo sonar sus pulseras, en una actitud de mirar hacia una gran distancia y de abarcarla, y siempre como arriba de un escenario.

—Ah... esa es una larga, larga historia.

Quedé a la espera de que me contara.

—Si quieres parecer mi sobrino —dijo en cambio— ve a cambiarte esas ridículas ropas.

—Pero dime, ¿entonces hay también un barón?

—Siempre donde hay una barona también hay un barón.

—¿Y qué pensará él?

—Él no pensará nada. Ya lo ha pensado.

Volvió a pulsar el timbre y a los pocos segundos se abrió la puerta.

—Frau Kapinski, llévese a este señorito y vístale correctamente.

La mujer avanzó hacia mí, me cogió de la manga, como a un rapaz, y me llevó hacia la puerta.

—Ah, dime aún —nos detuvo—. ¿Sabes bailar tango?

La miré boquiabierto, mientras Frau Kapinski me tironeaba.

—¿Tango? Algunas veces bailé, pero muy mal.

—No importa. Ya veremos.

El barón

Más allá del balcón, a través de los vidrios de las amplias puertas que Frau Kapinski mantiene impolutos, el barón von Floto observa sobre las copas de jacarandás, palmas y mimosas las infatuaciones y ritos de los pavos reales. Cuando entra Frau Kapinski hace girar la silla de ruedas hacia los estantes, repletos de textos de mineralogía y botánica.

—Ya le he hecho bañar, barón. Pienso darle ese traje que usted compró en París, en esa tienda de artículos coloniales, antes de venir a este desierto.

—Parece apropiado. ¿Qué aspecto tiene?

—Como los otros. Un poco más idiota, quizás.

—Son los más peligrosos. Siempre les guía un ángel.

—Si usted lo dice...

—¡La zorra! Ahora se ha buscado un sobrino. ¿Qué fue antes? Es igual. Todos han ido a parar al foso. ¡Un sobrino! Como si no le bastaran Benavides, el gobernador, el poeta laureado.

—Así es, barón.

—¿Qué hacen ahora?

—Ahora le cambiaré de traje. Antes la barona le preguntó si sabe bailar tango.

—¡Vaya! Lo de siempre.

—¿Cómo debo proseguir, barón?

—Como siempre. Lo habitual.

—Bien, barón. Voy.

—Emma... ¿Qué puse primero? ¿Los pavos o los árboles?

—Primero usted plantó los árboles. Después, cuando estuvieron algo crecidos, hizo venir los pavos que le regaló el sultán. Una pareja. Ahora nadie sabe cuántos son ni de qué color con este polvo.

—Ayer conté treinta y dos.

—Como usted diga, barón.

Endormecido

—Este será su dormitorio —dijo Frau Kapinski, después de hacerme subir un par de pisos por una escalera interior, sin mayor énfasis, como si todo hubiera sido acordado mucho antes y siempre hubiera sido así y yo no hubiera sido ningún individuo en particular. Qué podía decirle, su tono no invitaba a darle las gracias. Ella evitó mi mirada interrogativa fingiéndose ocupada en ordenar ropas en el armario, y yo, al volverme, sentí que el cuarto se abría ante mí con el aspecto de un espacio adeudado, exactamente como algo que se me debía y me era restituido en el momento que correspondía. Puede ser que semejante sensación sea la correcta después de casi dos días sin dormir, bamboleándonos en el camión de la basura. Puede que sea la natural acomodación intelectual a las reacciones del cuerpo en tales circunstancias, su necesidad de reparo.

—Y este es su nuevo traje —agregó, interrumpiendo mi distracción y tendiéndome otra percha, a la espera de que yo me mudara y le restituyera el que llevaba puesto, bávaro o tirolés, vaya uno a saber las diferencias.

Es un ligero traje blanco de lino, se diría el de algún colono francés de la antigua Indochina. Evité preguntarle a quién pertenecía, no será ella quien me gane al laconismo, y si quieren divertirse conmigo, ya veremos quién gana al final. Me mudé de espaldas a ella y, para desquitarme, le devolví su tirolés hecho una plasta.

Apenas salió aparté el dosel del lecho y me senté en la cama. Es un bello cuarto, observé, pintado de blanco a la cal con el cielo raso sostenido por vigas de madera negra. Frente a la cama, de alto respaldo, una gran cortina cubre lo que debe ser una ventana. Al sentarme no tuve en cuenta cuánto hacía desde que no tocaba una cama ni sospeché cómo, dejado a la molicie de su materia, mi cuerpo iba a derrumbarse sobre ella. Que una barona se haya transformado en mi tía, me dije, quizás ya durmiéndome y por ello con un indeliberado cinismo, justamente cuando necesitaba una, es una noticia excelente, sea o no verdad. ¿Qué interés mezquino podía tener una barona para hacerme su sobrino? ¿Podía serle de más utilidad que ella a mí, cuya única alternativa era el desamparo, o la dudosa oferta de Pompeyo de buscar asilo en aquella tienda de circo? Por cierto, eso de que la barona y aquella desconocida tía de la infancia fueran la misma persona tenía un aspecto bastante dudoso, pero qué importaba. Echado sobre un lecho muelle, probablemente ya durmiéndose, ¿quién no está dispuesto a aceptar cualquier probabilidad, confusión, o lo que fuere?

—Este será su dormitorio —había dicho Frau Kapinski, tendiéndome una percha con las nuevas ropas, y eso, ahora que estaba tendido en la cama con los ojos entrecerrados, me sonó, quizás en sueño, como lo más apropiado que correspondía decir en tales circunstancias.

El parque

Desperté sobresaltado, con la sensación culpable de haber cedido al sueño justamente cuando debía aclarar asuntos tan importantes. Me incorporé de un salto, empujado por la resolución de remediar mi descuido, pero, apenas de pie, frente a la ventana, caí en la cuenta de que era una resolución tardía, porque observando el atardecer sobre el bosquecillo, calculé, algo escandalizado, que había dormido varias horas. Es algo que raramente me ocurre durante el día. De modo que la barona había esperado en vano mi reaparición con el nuevo traje. Como fuere, debía remediar la defección y quise bajar de inmediato. Antes intenté desarrugar la tela, me había dormido con el traje puesto. Me quedaba bastante holgado y olía a flores mustias, a desinfectantes. Habría pertenecido al invisible barón, supuse. Al hurgar en los bolsillos hallé una bola de papel que, una vez extendida, dejó ver el dibujo desvanecido de líneas y números y más abajo lo que parecía una garra, quizás una pata de pollo muerto, pero nada podía afirmarse con certeza, tan débil era el trazado. Probablemente el traje había sido lavado con el papel en el bolsillo. No le di importancia, y solo por un hábito de orden mecánico doblé la hoja cuidadosamente y la volví a dejar en su lugar. Al salir del cuarto con la intención de buscar a la barona, descubrí que en el muro del rellano de la escalera, que continúa hacia algún piso superior, hay una puerta de madera labrada que con algún temor entreabrí. Esta da a un ancho pasillo y a la escalera principal, que curvándose suavemente desciende hacia la sala donde la barona me había recibido por la mañana. A lo largo del muro el pasillo conduce a una hilera de puertas, probablemente los dormitorios, supuse. Pensando que era mejor bajar por allí para evitar a Frau Kapinski, descendí por los peldaños alfombrados. La sala estaba en penumbras. No se oía el menor ruido. Abrí una puerta contigua al pie de la escalera y di con el vestíbulo por donde había entrado al llegar, y más bien llevado por la atracción de una entrada de luz diurna, que no había visto desde la mañana, avancé por un pasillo que da a otras puertas y al fondo del cual parecía abrirse el cielo. Es la galería, con su estructura de hierro y cristales. Plantas de interior, mesa de té, una mecedora. Salí al exterior y constaté que era el atardecer. Un poco más allá vi el comienzo del bosquecillo. Encima suyo el cielo se encendía. Junto al perfume de los árboles se olía el mar. Caminando a la izquierda descubrí, a unos veinte metros de distancia, una de las torres de San Geminiano. Pasada la primera sorpresa, me sentí subyugado por su legitimidad estética. Toda ella, la torre, parecía demostrar la absoluta

necesidad de su presencia allí, era como si no pudiera haber sido de otra manera. Era un poco más baja que alguna de las originales, pero bastaba, como ahora, un mínimo esfuerzo para reconstruir en la memoria el resto de las torres, vistas desde lo alto de la Piazza del Duomo. Aparentemente los mismos materiales, no los restos de construcciones fenicias, etruscas, romanas, sino los guijarros de este desierto de Antófaga. Desde mi posición se veía solo un ventanuco en la cúspide, más bien un tragaluz. ¿Subiría? No lo dudé un minuto.

Empujé la portezuela y a mis pies cayó un herrumbroso candado. Avancé a tientas por la escalera en espiral, en la oscuridad, envuelto en telarañas y chillidos de murciélagos que escapaban. Cuando alcancé el estrecho recinto de la cúspide, cuyo piso estaba crecido de malezas, y me asomé al mirador, creí que no me habría sorprendido, dadas las circunstancias, si hubiera reencontrado abajo la Piazza con sus altas casas de muros almenados y más allá, entre las otras torres, el desorden de techos rosa patinados de amarillo, circundados por la ondulada campiña toscana; no, pero sentí un ligero estremecimiento, como cuando se corporizan ante uno imágenes venidas de algún sueño olvidado. En vez de ello frente a mí estaba la cima del bosquecillo y sobre el ramaje de palmeras y mimosas estaban los pavos reales practicando sus últimas ceremonias encantatorias con sus abanicos de plumas irisados por los rayos del sol que comenzaba a hundirse en el mar. En un claro del bosquecillo había una fuente seca, y sobre una roca artificial cubierta de helechos muertos se alzaba, inequívocamente, una copia de la Venus de Kalipygos, tal como la había visto en Nápoles, con la mano cruzada sobre el hombro opuesto para recoger por detrás el borde de la túnica, levantándola, mientras volvía la cabeza para admirar y dejar admirar así su gracioso trasero. Y luego, desviando la mirada hacia la derecha, como guiado por la voluntad de un ilusionista invisible, en el extremo del bosquecillo descubrí lo que parecía un establo, todo blanco, con un gran portón y una ventanilla, todo construido caprichosamente al estilo morisco. Puertas y ventanas de una habitación adyacente eran del mismo estilo. Más allá, colindando con la muralla exterior de la villa, entreví difusamente un huerto abandonado. Oscurecía y no pude ver más. Dándome cuenta del tiempo transcurrido recordé a la barona y rehíce el camino, deprisa, a tientas. No había alcanzado a mirar por el lado opuesto del mirador de la torre, la parte trasera de la casa, desde donde mi presencia allí arriba podría haber sido observada.

Regresé al interior por la galería, abrumado por las preguntas que debía hacer a la barona, por el desorden en que se me presentaban, cuando oí, avanzando hacia el interior por el pasillo, cada vez más próxima, la melodía de un tango. Al abrir la puerta del salón, buscando el origen de la música, lo atravesé y di con un pasillo y una puerta entreabierta. Allí estaba mi presunta tía Cybeles, vestida con el mismo traje de lamé negro y lentejuelas, siguiendo con sus pasos la música. El vestido se abría en una pierna hasta la mitad del moreno muslo.

—Al fin apareces —me susurró sin tono de reproche, cogiendo mi mano, que guió hasta hacerla ceñir su cintura mientras me abrazaba sobre el cuello y con un impulso giratorio de la rodillla entre mis piernas me empujaba hacia el centro de la sala, al compás de la música.

Hoy pasas a mi lado con fría indiferencia.
Tus ojos ni siquiera detienes sobre mí...
Y sin embargo vives unido a mi existencia
y tuyas son las horas mejores que viví.
Fui dueña de tu encanto; tus besos fueron míos,
soñé y calmé mis penas junto a tu corazón.
Tus manos, en mis locos y ardientes desvaríos
pasaron por mi frente como una bendición...

Repetía en mi oído con un susurro las palabras de la cantante. La cara me ardía y un temblor recorrió mi piel. Mientras bailábamos así temí dejarle percibir lo que me hacía sentir y me aparté. Fue un movimiento torpe.

—¿Tienes miedo de mí?

—No, no. Me preguntaba quién podía ser la cantante.

—¿No la reconoces? —ella repitió aún más cerca de mi oído los versos.

—Pero...

—¿Ves? ¿Me reconoces? Soy yo.

—¿Pero cómo?

—Un capricho de Mincho. Quería absolutamente guardar mi voz, ya que más era imposible.

—¿Mincho? ¿Qué Mincho?

—Juan Domingo, por supuesto. Perón.

El barón

—Emma.

—Sí, barón.

—¿Dónde están? ¿Qué hacen ahora?

—Bailan, barón. En la sala de música.

—La bribona. ¿Y él? ¿Cómo lo toma?

—Parece confuso, barón.

—¡Ja! La confusión acabará con él. Antes le vi subir a la torre.

—En efecto, barón. El muy osado.

—¿Y cómo abrió el candado?

—Probablemente está oxidado.

—¿Cómo oxidado? La última vez que yo subí a la torre...

—Hace mucho, mucho tiempo, barón.

—¿Cómo mucho tiempo? No puede ser.

—Usted esperaba al submarino, barón. Arriba de la torre. Cada tarde, con los catalejos.

—Ah, el submarino. Il caro Duce. La bella Petacci.

—Usted nunca creyó en su abyecta muerte, barón.

—Sí, sí. ¿Y Magda? ¿Por qué no vinieron? Yo les prometí, si un día...

—Su medicina, barón.

—Gracias, Emma.

—Con mucha agua, barón.

—Emma, ¿qué hacen ahora?

—Pues no lo sé, barón. Pronto le contaré. Pronto les llevaré la cena.

Las historias

—Todo empezó con el tango —dijo la barona sin soltar mi mano, ahora que nos habíamos sentado en el sofá y la música seguía aún sonando desde el tocadiscos—. Dijiste que hallaste unas postales de Buenos Aires y Madrid.

—Sin remitente, lo recuerdo.

—Si tú lo dices. Debo haberlo olvidado. Quizás las envié para enfurecerlas, a tus tías. Vaya una a saber lo que pensaba entonces. ¿Y eso fue todo lo que supiste de mí?

—No todo, el resto lo imaginé.

—¿Qué imaginaste? Cuenta.

—A esa edad, tú sabes, a uno se le ocurren cosas. Que te habían raptado unos piratas malayos. Que yo sería famoso y nos encontraríamos. Que te habías fugado con un director de cine...

—Lo que tú no imaginaste —la barona pone ahora su mano llena de anillos sobre mi rodilla— es que mucho antes de enviar esas postales —si es que fui yo quien las mandó— yo adoraba el tango. No me preguntes por qué, yo misma no lo sabía. Yo era, ¿sabes?, a los quince años esa que destrozaba el corazón de todos los hombres, la perversa, la traidora, la inconstante; la misma que al fin termina vencida, abandonada, bebiendo el trago amargo del olvido en el fondo de un bulín. Los escuchaba por la radio, que ellas, tus tías, si andaban por ahí y si eran tías tuyas, corrían a desconectar. Y cuanto más trataban de impedírmelo, de protegerme, decían ellas, de esa música malsana, más yo las provocaba. Me aprendí los tangos de memoria. Los cantaba en voz alta o musitando, sola o acompañando las voces de la radio. Así descubrí que tenía una linda voz, algo ronquita, canalla, como la de Elba Berón. ¿Te acordás de ella?

Hizo un movimiento, para levantarse, apoyando las palmas sobre la mesa, alzándose ligeramente, como si se hubiera dispuesto a cantar, movimiento que quebró enseguida.

—Siempre olvido que perdí la voz —se excusó.

—¿Cómo puede ser? Hace un momento canturreabas en mi oído.

—Canturreaba...Cualquiera puede canturrear. Yo cantaba. Y perdí la voz en Berna, por culpa...

—Estábamos en que descubriste tu linda voz. De ahí a perderla en Berna debe haber pasado un buen trecho.

—Cierto. Perdí la voz por culpa de ese patán, el cónsul paraguayo, que

quería comprarle a Bruno los restos de las armas del Duce... y con ese pretexto... Pero me pierdo en el tiempo.

De nuevo dejó su mano sobre mi rodilla, como para apoyarse en algún punto del tiempo, y al sentir su tibieza a través de la fina tela del pantalón me volví a mirarla. Y me pregunté: ¿quién no sucumbe al encanto de una tía que perdió la voz en Berna y que, como aliviando una herida, cubre con la otra mano refulgente de anillos la morena garganta iluminada por las perlas?

—Descubriste tu linda voz, decías.

—Eso. Me presenté a un concurso de la radio para aficionados. A escondidas. Ese fue el comienzo. Me acompañó un guitarrista y al final me aplaudieron. Entre los asistentes había un hombre maduro, de sienes entradas y papada. Se me acercó y me dijo: «¿Y vos, nena, qué hacés aquí?». Era Aníbal Troilo, que por entonces actuaba con su orquesta en El Rosedal. «Cantás bien, y además sos un budín. Vení a verme al hotel, ya veré qué hacer contigo». Eso me dijo, y al día siguiente, al salir de casa, me pinté los labios y me puse zapatos de taco alto que robé a las tías. Parecía una ninfa buscona y Troilo me dijo: «Che, pebeta, para empezar te quitás los tamangos y el carmín y me seguís con esta». Y mientras yo me descalzaba sacó su bandoneón y me hizo cantarle *Garúa*.

¡Qué noche llena de frío y de hastío!
El viento trae un extraño lamento...

—El resto fue un vértigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que me cogió de un ala y me llevó a Buenos Aires.

—Pero no se puede...

—Qué sabes tú lo que se puede y no se puede cuando te llamas Troilo. Pero dejá contarte la historia de una vez. Él sabía, una vez allí, que no le quedaba otra que hacer el rol del papá bonachón, aunque esa morenita de ojos chispeantes y voz ronca y maleva le inquietaba de manera poco filial, te puedo asegurar. Estaba loco conmigo, me decía: «Vos sos el tango, tenés cara de tango, inocente y fatal, hacés un tango al caminar, hacés morder el polvo al bandoneón», y cosas por el estilo. Me instaló en un hotelito discreto en Miraflores, donde antes había alojado a sus queridas, cómo no iba a darme cuenta, me llevó a comprar ropas y a cenar en reservados para que no le reconocieran, me presentó a su orquesta y exigiendo secreto me sometió a pruebas, hasta que un día llegó agitado y me dijo: «Nena, abajo espera el auto de la Presidencia». Tócame, tú.

—¿Cómo?

La barona coge una de mis manos, que yo mantenía entrelazadas, y la lleva sobre su muslo, encima de la rodilla, y yo siento la calidez de su piel incluso bajo la tela fría del lamé.

—Tócame, quiero sentir que soy real, que tú eres real, tú mi sobrino, yo tu tía. Así. Me dijo: «Esta es la tuya, nena. Vamos a darle la gran sorpresa al jefe, que él gusta de eso», y me pellizcó la mejilla. «O te encumbrás al cielo con su ayuda, que él es el San Pedro del tango, o volvés al convento». Y el coche, que ya en sí era un palacio, nos llevó al Palacio Errázuriz. Pero no nos dejaron entrar en sus salones. Un pequeño ascensor nos condujo al sótano y allí, al fondo de un gran pasillo, una mujer nos abrió una puerta, entramos y la voz de Perón que estalla: «Grandísimo buda, vení que te abrace». Y el cuarto era azul, todo azul y dorado. «Mi general. Libertador del tango», le respondió Troilo. Porque sabrás, antes de él, muchos tangos estaban prohibidos por sus palabras, consideradas indecentes, y Perón abolió esa ley. Y entonces vimos a otra persona, un tipo alto, imponente, que preguntó: «Sí, General, justamente iba a consultarle, ¿dónde puedo oír unos buenos tangos antes de partir?». Y Perón que le hace un guiño a Troilo y dice: «Estos gringos, pueden tener a Dios delante y preguntar dónde queda la iglesia». Entonces Troilo, que en realidad parecía un buda, rompía esa impresión cada vez que reía, porque entonces sus voluminosas carnes —¿te acordás?— temblaban y las partes de su rostro parecían cambiar de lugar, y ahora estaba claro que reía zalameramente del chiste de Mincho, quien le señalaba con el dedo ante el desconocido, a la vez que Troilo me señalaba con el dedo a mí. «Andá, Pichuco, mostranos la sorpresa». Cuando vi que se abría la puerta y un oficial le traía a Troilo el bandoneón todo me quedó claro: íbamos a regalarle un tango a Perón. Ahí supe para qué habíamos ensayado, para qué el Buda me había comprado un vestido de terciopelo verde y medias negras y la boina, así que separé las piernas, me planté firme y siguiendo al bandoneón me largué con

Hoy, después de tanto tiempo
de no verte, de no hablarte,
ya cansada de buscarte
siempre, siempre,
siento que me voy muriendo...

»Perón se había sentado en un taburete —decía que detestaba su sillón presidencial dorado, que había ocupado San Martín o alguno de esos— y me miraba embobado. Pero quien me miraba como mirás, ¿sabés?, algo en una vitrina que en el próximo minuto vas a comprar, era el desconocido, el extranjero. Y al final estallaron los aplausos y el Mincho viene a mí y me besa en las mejillas, con unos besotes mojados, te digo, y no contento con eso me pellizcó también la mejilla como si hubiera pellizcado otra parte mía y le dice al Troilo: «Ma, qué muñeca brava me habés traído, Pichuco, te habés ganado un monumento, vos sabés, aparte de vos, solo Mozart. Y vos, piba, vení que te digo algo al oído».

Y la barona presionó con su mano mi mano sobre su muslo y me miró, desafiándome a adivinar:

—¿Sabés que me dijo?... Sí que lo sabés, que el coche me recogería al día siguiente y... Al final, después de volver a cantar, se me acercó el desconocido y me dijo al oído... Esto no lo adivinás.

—¿Quién era ese deconocido?

—Pero Bruno, ¿no te has dado cuenta?

—Bruno... ¿Quieres decir el barón?

—El mismo. Una semana después me tenía raptada, en Madrid.

El barón

—¿Emma?

—Ah, barón, ¿dormía usted?

—Solo estaba recordando. ¿Pasa algo?

—Pasa que yo soy toda oídos para usted. Es que ella no debería contar esas cosas. Usted mismo dijo una vez que son secretos de Estado.

—¿Qué secretos? ¿Qué cosas?

—El baile con Perón.

—Vaya. Que no fue un baile.

—El tango con Perón, como usted quiera.

—Ach... A estas alturas todos lo saben, y si no lo saben, son secretos que cualquier sobrino se llevará a la tumba, con su ayuda.

—Pero hasta entonces... Él podría contar.

—¿Contar qué? ¿A quién?

—Qué sé yo. A los otros subversivos.

—¿Hay otros? Usted me mantiene en la ignorancia, Emma.

—Es por su tranquilidad, barón. Cada semana llegan más.

—¿Y qué podría contar? ¡Vamos, Emma!

—Lo del submarino.

—¿Cuál submarino?

—El que usted vendió a Perón mientras bailaban tango.

—Que no bailábamos. ¿Está segura de que se lo vendí a Perón?

—El Salazar aquel de Portugal no lo quiso.

—Ah...

—Usted me dejó para ir a tomar el té con la mujer de ese Perón en Madrid, según me dijo, cuando usted y yo todavía... Oh, perdone, usted no quiere que le haga recordar. Y luego viajamos a Buenos Aires y usted me abandonó en ese hotel y se fue a venderle el submarino a Perón mientras bailaban tango y unos días después volvió con esa... Ach, Gott, qué humillación.

—No se altere, Emma. Más bien pregúntese por qué los hombres, aun los más duros, somos objetos indefensos de la fascinación.

—Ella le ha sido infiel, barón.

—¿Y qué quiere usted, Emma? La fascinación no tiene objetos

exclusivos. Alcanza a cuantos se exponen a ella. Y quien la ejerce siente su propia fascinación multiplicada por los reflejos de los fascinados.

—Ya sé, barón. Usted siempre la justifica.

El parque

—La barona ha dicho que, aparte del parque y el salón, no debe usted visitar otras partes de la casa —dijo Frau Kapinski al llevarme el desayuno, paseando su vista con disimulada repulsión sobre mis ropas en desorden y enfatizando ese visitar, como para hacerme entender que quería decir husmear —. La barona no volverá hasta la tarde.

Todo había quedado en el aire la noche anterior. Después de habernos hecho pasar al comedor, Frau Kapinski nos había llevado la cena sobre un carrito, en fuentes de plata cubiertas. Se había tomado un gran tiempo para servirnos, yendo con su carro del uno al otro. En la gran mesa con doce sillas nos había instalado en las cabeceras opuestas, de manera que nos separaban varios metros.

—¿Pero cuándo va a aparecer el barón? —había preguntado yo, impaciente, tan pronto como ella nos dejó.

Cybeles me hizo callar con un gesto, señalando la puerta.

—Acércate —me susurró, indicando que me trasladara con platos y cubiertos a su lado—. Ella puede oírnos.

—¿Por qué?

—Para contarle todo al barón.

—Entonces está aquí.

—Está arriba. Está enfermo.

Tantas preguntas se precipitaron a mis labios que no supe qué preguntar concretamente. Me quedé mirándola, para intentar representarme el transcurso entre la Cybeles arrancada de los brazos de Perón y transportada secretamente por el barón a Madrid, y esta barona, mi presunta tía, ya no tan joven quizás, pero cuya belleza no dejaba deplorar el paso del tiempo, cuyo firme y suave muslo me había hecho tocar, cómo saber si por un gesto de familiaridad o por pura malicia; y ante esos ojos suyos tan risueños, tan anticipadamente burlones de todas mis preguntas y a la vez tan compadecidos de mi desconcierto, entendí que debía formarme mi propia idea de su historia y de nuestra situación.

—Entonces te robó de los brazos de Perón y te llevó a Madrid.

—Pero no sin venderle antes el submarino a Perón.

—¿Quieres decir que te usaba para...?

—¿Es que debo darte cuenta de todo? ¿Quién sabe con los hombres? Quizás fue un flechazo irresistible, quizás descubrió que después de haber

cantado yo podía vender no importa qué. Pero vamos con calma, todavía no has demostrado ser mi sobrino. Debes hacerme sentir que lo eres. No voy a contarle mi vida a un extraño.

—¿Qué debo hacer?

—Obedecerme en todo. Ser bueno.

Quizás consideré un riesgo responderle que tampoco ella había demostrado ser mi tía y me callé un momento. Hay que tener en cuenta, me digo ahora, que estábamos en medio de una comida deliciosa, obra sin duda de su propia concepción, que el vino era excelente y, sobre todo, que posiblemente comenzaba a desarrollarse en mí una especie de adicción a Cybeles, a todo lo que emanaba de ella, en contraste con el resto, es decir, lo incierto, y que por nada del mundo quería interrumpir ese proceso.

—Pero esta casa, este palacio, quiero decir, ¿lo construyó el barón, lo hicisteis juntos?

—Cuando yo vine ya estaba hecho. Bruno se había ocupado de todo.

—¿Por qué tan lejos, en un desierto, y tan grande?

—Todo es un puro azar, como mi vida, y quizás la tuya, ¿o la nuestra? Puro azar, según Bruno. Tenía el encargo de hallar un mineral muy codiciado entonces, y en vez de eso descubrió este lugar, que le fascinó y, de paso, otro mineral, ese que echa el polvo rojo en el cielo. Por lo tanto, hizo construir esta casa y todo el resto y me prometió que estaría siempre llena de huéspedes ilustres y que yo sería el alma de una eterna fiesta. ¿Qué sabía yo del mundo? Solo quería cantar, enloquecer a todos con mis tangos. Pero nadie vino.

—¿Si...?

—Nadie, excepto un náufrago.

—Cuéntame.

—Cuéntame, cuéntame. No me hagas recordar historias tristes. Tengo algunas mucho más amenas.

—Sí. Pero explícame. ¿Por qué te has interesado por mi suerte? Probablemente me has salvado de enormes penurias.

—Deberes de familia, ¿no? —Su sonrisa era maliciosa. Pero enseguida rectificó—: Fue una ocurrencia mía. ¿Qué mujer en mi situación no desea tener un sobrino inteligente y guapo? En realidad, la idea fue de Benavides.

—¿El teniente, quieres decir?

—Es que le gusta fantasear. Descubrió que tú y yo compartíamos los mismos apellidos, los míos de soltera, quiero decir, y supuso que podríamos ser parientes. «¿Sabes lo que se siente cuando uno cambia el destino de otra persona?», me dijo. Juega con esas fantasías. Quién pensaría que es un militar.

—¿De modo que debería estar agradecido de ese bufón uniformado?

—No exageres. Benavides es una bellísima persona. Y ahora basta. Irás a descansar y yo subiré para acompañar a Bruno.

¿Por qué al oír a Frau Kapinski transmitirme ese mensaje sentí ya entonces, tan pronto, la punzada como de una traición? Tuve que sonreírme, burlón, de mis propias anticipaciones sentimentales y descendí por la enorme mansión, sus pasillos y escaleras, para dirigirme al parque. Al salir de la galería, abajo, me vi envuelto, así como el bosquecillo delante mío, en una densa niebla que en la parte superior de las ramas se teñía de rosa. Penetré entre los árboles humedecidos y a los pocos pasos me dejé embalsamar por el perfume de las mimosas y jacarandás. Arriba, confusamente, oía el rumor de los pavos reales y frente a mí, cada vez más cercano, el rumor de las olas. Más allá de los árboles se abría una pequeña bahía entre rocas. Desemboqué en la playa que hay entre ellas, una playa de piedrecillas mezcladas con los desechos de la vegetación del bosquecillo. El mar, tranquilo, bajo un cielo que se abría fragmentariamente entre masas de niebla, a esa hora temprana era apenas rosado y agregaba su fuerte olor yodado al de los árboles. ¿Era allí, sobre esas piedrecillas crujientes cada vez que se retiraba la ola, donde había encallado el náufrago? ¿Quién era Bruno? ¿Cuál era la historia de este palacio y de este parque? ¿Tendría que sonsacarle todo eso a la barona, o tendría que descubrirlo por mi cuenta?

Sin darme cuenta, absorto en ello, llegué al claro de la fuente de Venus, cercada por un ramaje de mirtos resecos.

La intención estaba clara. Venus dando la bienvenida a los huéspedes.

Era de suponer que al descender del bote y cruzar el bosquecillo lo primero que vería un visitante venido por mar sería esa sonrisa de Venus, la cara semivuelta hacia atrás, el brazo en alto levantando por la espalda el borde del peplo y dejando ver el acogedor trasero, para así aliviar las penas del destierro y prometer las delicias del nuevo hogar.

—Sabaah al khäir —oí decir a mi espalda y sobresaltado me volví. En una actitud solícita, descubrí a un hombre ya maduro, cubierto con un ligero turbante y vestido con el tradicional thoub. Absorto en Venus, me costó entenderle—. Soy Farid, señor. El barón me ha ordenado mostrarle el parque. Como ve, la fuente está seca hace ya años, pues la bomba que impulsaba el agua subterránea para asperjar el cuerpo de la diosa extranjera está rota. Ya no le recuerdo más al señor barón la necesidad de repararla. No quería oírme. Puede usted seguirme.

Le seguí sin objeciones, tan respetuosa e indiscutible a la vez me pareció su autoridad.

—El bosque, como el señor ve, ha desarrollado sorprendentes cualidades foliáceas. Las hojas se han extendido y ahuecado en los centros, así, exactamente como las manos extendidas de los mendigos ciegos a la puerta de las mezquitas, para de este modo recoger y condensar la niebla nocturna, característica de este desierto.

—Es usted muy amable —no pude menos que decirle.

—Son órdenes del barón ilustrarle a usted de la manera más accesible a

este servidor.

Estaba claro que yo no podía confesar a Farid que no conocía al barón y que ignoraba de qué modo este estaba informado de mi existencia. Debí aparentar que estaba al tanto de esas instrucciones y deseoso de seguirlas. De arriba provenía el ruido de la agitación de los pavos entre la niebla que empezaba a disiparse. Levanté la cabeza.

—Los pavos ya no bajan nunca más —prosiguió, señalando unas cuerdas a cuyos extremos estaban atadas unas bandejas con granos, hortalizas y agua —. Se han acostumbrado a las alturas y, al parecer, el polvo rojo que despide la mina de bauxita les fascina. El rojo es el color del fuego y de la sangre, del poder y la pasión, del deseo y del amor, y las bestias son igualmente sensibles a sus significados.

Decía todo aquello con la más absoluta propiedad, con la conciencia de estar cumpliendo fielmente una misión, pero, a la vez, manteniendo una discreta vigilancia sobre mis reacciones, como si su misión hubiera consistido también en dar cuenta de ellas.

—Ahora bien, tengo entendido que usted ha visitado ya la torre. El señor barón lo tenía prohibido, sin duda por razones de seguridad para las personas, y, como ve, he cumplido ya sus instrucciones de poner un nuevo candado en la puerta. ¿Me sigue usted por aquí?

Pasamos frente al galpón de estilo morisco que había visto desde la torre la tarde anterior. Se oían desde su interior pisadas impacientes y resoplidos de bestias.

—¿Son caballos?

—Ah, la señora barona me ha prohibido enseñarle hoy el establo. Dijo que deseaba darle una sorpresa. Sígame por aquí, más allá está el huerto.

Le seguí hacia el lado de la muralla confinante con el exterior, más allá de la casa.

—Originalmente, el barón diseñó este huerto pensando en los numerosos huéspedes que esperaba, pero nadie vino. Después, él enfermó y, como usted ve, ahora está en gran parte abandonado y yo he destinado un par de hileras para nuestro consumo y el de los animales. Pero es mucho trabajo para mí solo.

De las decenas de surcos cultivados que hubo en la arena, según Farid, solo dos seguían abiertos y producían hortalizas y frutos, tomates, pimientos, fresas y algunas lechugas, bajo los hilos transparentes que por la noche condensaban el agua de la niebla. El resto del huerto estaba invadido por cardos y otras malezas. Siguiendo el borde de la muralla que torcía hacia un macizo de rocas, regresamos por la playa.

—Posiblemente —insinué—, usted recogió a un náufrago de la playa una vez.

Como esperaba, Farid me miró desconfiado.

—¿Un náufrago? Posiblemente usted ha oído mal, señor. Por lo demás,

ocurrió tiempo atrás. Era un sobrino de la señora barona. Se golpeó contra las rocas mientras nadaba y le encontré herido e inconsciente en la playa.

—¿Un sobrino? ¿Y qué fue de él?

Farid levantó los brazos al cielo, como siempre hace cuando considera que la respuesta está más allá del poder humano.

—El agua del pozo —me advirtió, en cambio, cuando nos acercábamos a una noria clausurada con unas ramas de palmera— no debe usarse. El barón y la barona opinan que está contaminada con las filtraciones de la mina. Y ahora debo regresar a mis ocupaciones. Espero haber cumplido satisfactoriamente la orden del barón. Le ruego perdonar mi torpeza.

Hizo una reverencia y caminó hacia su morada sin dejar de repetir sus inclinaciones de cabeza. Al volverme hacia la casa levanté la vista, con una vana esperanza de sorprender al barón espiándome desde alguna ventana.

Cena con el oficial

—Según vemos, el encuentro entre tía y sobrino ha sido feliz —dijo Benavides, el oficial que me había entregado la tarjeta de la barona tras ser despedido del cuartel. Estaba sentado a la mesa que presidía ella, frente a mí.

—Benavides —intervino ella— llamó mi atención en días pasados con el nombre de un deportado cuyo apellido, poco común, era igual al mío de soltera.

—Entonces nada me pareció más natural que complacer a mi apreciada amiga. Y espero que también al sobrino, de cuya amistad ansío hacerme digno, pese a todos los juicios y prejuicios que puede hospedar en mi contra, y a quien deseo una feliz estancia en Antófaga, y en particular en esta adorable villa.

Lo que yo iba a responder me pareció poco elegante. Cuántas veces me ha ocurrido que el cuidado de no mostrarme hostil me ha conducido a sufrir un sentimiento vergonzante ante mí mismo. Benavides levantaba la copa y, por no romper un cierto orden estético, a mí no me quedó otra que levantar la mía, aunque sí, lo aclaro, con una discreta reticencia. ¿Por qué tía Cybeles había invitado a este personaje justamente a una cena, ocasión que se supone grata, y así me ponía en la incómoda situación de callar mi aversión hacia él y lo que representaba? Para mostrarme que era plenamente consciente de la impertinencia de su invitado y, además, de su pesar, ella no encontró nada menos inadecuado y turbador que acariciar, bajo la mesa, mi pantorrilla con su pie descalzo. El placer del roce de la seda y mi rencor se reflejaron en mi rostro en una mueca desconcertante. El choque del cristal de mi copa con la de Benavides resultó así vehemente, dando a este una idea de cordialidad indeseada.

—Antófaga, como ustedes probablemente saben, es «la devoradora de flores», del griego *anthos*, flor, y *phagos*, comilón. Quien le dio ese nombre, un explorador erudito que pasaba por aquí con otra meta, la denominó así al observar que tras una brevísima lluvia primaveral, por lo demás muy rara, el desierto se cubría de una vegetación cuyas flores eran capaces, en pocas horas, de desarrollar todo su ciclo antes de morir calcinadas. Pero el barón von Floto, al llegar aquí, desafió esa arbitrariedad de la naturaleza con su ya famosa red de hilos licuantes y logró crear aquí, en El Edén, un paraíso que después, voluntariamente, al parecer, ha dejado morir a causa de sus... fastidios.

—Pero, Benavides, es usted un ilustrado y merece toda mi admiración.

—Celebro su magnanimidad —dijo— al privilegiar los altos valores del espíritu que cultivo aun en mi condición de soldado, que especialmente a su sobrino debe serle necesariamente odiosa. Nuestro oficio, qué duda cabe, es cruel. Pero por una necesidad moral. Las armas están animadas por el espíritu, como las letras. Sin armas no hay paz, y en esto las armas aventajan a las letras, nos dice Cervantes. Y yo me atrevo a agregar que las letras sí que han producido guerras. ¿Qué guerra no nació o fue precedida de las letras? Ah, ah, atrévase a contradecirme, usted, hombre de letras.

Benavides declamaba todo aquello con una sonrisa de la más extrema simpatía, satisfecho de sí mismo, de su apostura, de sus sedosos bigotes rubios, de sus ojos acariciantes hacia tía Cybeles, de su impecable uniforme, y moviendo graciosamente el torso, como al ritmo de alguna música interior. Mientras yo, que sabía que su afirmación era falaz o por lo menos tramposa, trataba de distraerme de la caricia de la barona y buscaba afanosamente una frase, una cita, una palabra que fulminaran su desenvoltura.

—¡Ah, Benavides! Ante todo, usted debería presentarse ante mí sin ese horrible uniforme. Usted bien sabe que jamás le he invitado como hombre de armas ni para jactarse de ello, sino como eximio bailarín. Y, por supuesto, para evitarte a ti fastidios con eso de ir a firmar cada día. ¿Sabes tú que baila el tango como un ángel, mejor aún que el Duce?

A fin de demostrarlo nos hizo pasar al salón y tras algunas malafortunadas tentativas para que Benavides me enseñara a instancias suyas unos pasos, me excusé desatinadamente y subí a mi cuarto con una sensación de despecho y rencor, mientras ellos bailaban como ausentes de todo lo que no fueran sus endiablados pasos.

La excursión

Ya temprano, Frau Kapinski entró para despertarme, llevándome un nuevo traje, como dijo, «por orden de la barona». Tía Cybeles parecía divertirse con la ocurrencia de disfrazarme cada día de un modo diferente, lo que a fin de cuentas había terminado por divertirme también a mí. Era un traje amplio, pantalón y chaqueta de algodón blanco crema, con cinturón e innumerables bolsillos. En suma, una cazadora. Al traje pertenecía un sombrero de alas anchas. Cuando bajé para desayunar con ella en la galería, vi que vestía uno similar, más ajustado, por supuesto, al cuerpo femenino.

—No está mal —dijo al verme—. ¿Sabes? No hay nada mejor que cambiar de traje para cambiar los pensamientos. Si estoy triste o melancólica me pongo otro vestido y asunto concluido. Ahora estamos como nuevos y comenzamos una nueva historia. Vamos.

Yo había bajado con la intención de reprocharle su promiscuidad con Benavides y el abandono en que me había dejado, pero en realidad el llevar aquel traje de excursionista me había obligado a tomar las cosas más ligeramente. Salimos al parque y ya desde lejos vimos que Farid, frente a su establo, se nos adelantaba trayendo de la brida los camellos.

Farid nos presentó las bestias con una reverencia.

—Según vuestros deseos, señora, he dispuesto en las alforjas todo lo necesario para una amena merienda sobre las dunas. Aparte de las vituallas y bebidas he aprestado cojines y un tapiz de seda para reposar bajo el parasol. Si hallara usted una pequeña semejanza con aquel paseo a que la invitó mi señor, el sultán, ya me sentiría dichoso.

—Haremos una excursión por el desierto —me informó tía Cybeles.

Todos los actos que producía tía Cybeles, como aquel y tantos otros, se sometían a una normalidad que en otras circunstancias me habría sorprendido, pero que allí, junto a ella, eran la consecuencia natural de su persona. Yo sospechaba, en algún residuo de mi conciencia, que debía oponerme a este deslizamiento de lo normal, pero, a la vez, no veía alternativas, y ya Farid obligaba a las bestias a arrodillarse ante nosotros, invitándonos a instalarnos sobre las monturas, de las cuales colgaban alforjas ricamente tejidas y decoradas, ofreciéndonos las asas de ébano para sujetarnos. Izándonos bruscamente hacia el cielo al ponerse las bestias de pie y llevándolas de los belfos, Farid nos condujo hasta el portón del fondo del parque, el destinado a la entrada de carruajes, que disponía de un reducto para aparcar, raramente

usado, a juzgar por las malezas que crecían, resecas, en los intersticios de los adoquines. Abrió las enormes batientes y con un suave golpe en las grupas animó a las bestias a salir. Antes de ello yo había echado una mirada a la parte trasera de la casa, buscando de nuevo la mirada oculta del barón. Eso de quedar reducido al rol de sobrino comenzaba a incomodarme, pero, bien miradas las cosas, en medio del desierto, ¿de qué podía protestar? Por lo demás, desde arriba el mundo se veía diferente.

El barón

—Emma... El que montaba Cybeles, ¿era Fátima o Abdul?

—Fátima, barón. Abdul nunca dejó ser montado por una mujer. Usted mismo dijo que eran costumbres árabes.

—Yo no lo dije de los camellos, creo.

—Y ahora se han largado al desierto y usted tan tranquilo.

—Para que usted no pueda oírles, seguro.

—Ah, barón, si usted supiera. Hay cosas que por respeto no me he atrevido a contarle. Si usted no me pide...

—Usted nunca ha necesitado mi consentimiento para llenarme la cabeza de chismes.

—Pero, barón, es por su bien. Para protegerle.

—Ella no es mala, Emma. Es bella, y la belleza atrae, inadvertidamente, la maldad. Siempre ha sido así. Piense en Helena, en Cleopatra, en...

—Barón, recuerde que el sultán estuvo a punto de matarle por ella.

—Estaba enloquecido por ella, eso era todo.

—Ah, barón, lo veo como si fuera hoy. El sultán ordenó organizar aquella merienda en el desierto y en medio de toda aquella ceremonia de la partida con tambores y esclavos enjaezados se largó con ella, él y la barona solos en la tiendecilla sobre el animal y usted detrás, solo sobre otro camello, porque usted no quiso llevarme y fui obligada a quedarme en el harén, oh, qué humillación, hasta que usted me hace llamar, después, y le veo ahí, herido en el brazo, por los rebeldes nos harían creer, pero usted y yo sabíamos bien que había sido por orden del sultán, que con ella adentro de la tienda y sobre el camello, vaya Gott a saber qué hacían, ¿no lo ve usted?

—Pobre Emma, usted nunca ve el lado positivo de las cosas. O con el cristal empañado por los celos. ¿Aún no entiende que ella es el perfume que emborracha al abejorro? ¿Que mientras el sultán se balanceaba con ella sobre el camello —lo que no tiene nada de terrible, porque el sino de la belleza es balancearse—, sus ministros firmaban la compra de doce toneladas de armas? Y el balazo, qué. El negocio no era del gusto de los rebeldes.

—Pero usted sufría, barón.

—La belleza no se puede requisar, Emma. Hay que saber condescender con sus aspirantes y a la vez gozar de sus beneficios.

—¿Es que usted nunca va a desengañarse, barón?

—¿Y cuál sería la ventaja, Emma? Fueron bellos tiempos y usted tuvo su parte, no se queje.

—Pero ahora se ha largado al desierto. Y él no es ningún sultán. Ni él es un potencial comprador ni a usted le queda una sola flecha por vender.

—Ay. Ese es el problema. ¿Qué cree usted, Emma?

—Ella sigue con su idea.

—Como siempre.

—Solo que ahora parece haber encontrado el instrumento ideal para ejecutarla.

—¿Y usted qué propone?

—Lo de siempre.

—Emma, usted es brutal. Deme un poco más de mermelada.

Tango en el desierto

En la distancia la casa, con el parque, la torre y el bosque, rodeada de sus murallas, era una perfecta ciudadela construida como para repeler ataques de los bárbaros, y aún hoy sigue dando esa impresión. Un perfecto refugio también, como oscuramente me daría a entender tía Cybeles, para los visitantes esperados por el barón y que por razones que ella pretendía desconocer nunca llegaron. ¡Ah, Cybeles, qué soberbia te veías sobre la grupa de Fátima! ¡Qué fácil era expeler todas las dudas, todas las sospechas, viéndote balancearte encima de la bestia, uno hubiera dicho a una cadencia de tango, yo, como pasmado, montado sobre Abdul, que parecía feliz de salir de su confinamiento al cielo abierto y los grandes espacios, todo enjaezado de borlas de lanas multicolores colgando de su nuca, tal como tu Fátima; tú, más misteriosa que nunca con el pañuelo negro cubriendo tu cabeza, las grandes gafas oscuras, la amplia blusa semitransparente con sus bordados encubriendo tus pechos y los pantalones de seda silbando al viento! ¡Cómo no haber creído en una aparición mirífica en la torridez del desierto si te hubiera visto pasar desde la carpa del circo donde podría haber estado hacinado con los otros! ¡Cómo haber imaginado desde allí que serías esta dudosa tía mía junto a la cual iba cabalgando, con quien avistábamos, justamente, la carpa del circo chino, toda remendada con telas heterogéneas, y las siluetas de quienes nos veían pasar a lo lejos, agitando los brazos, quizás Pompeyo y la Paulina, ante quienes volvía la cabeza para no ser reconocido!

Las bestias parecían seguir un camino ya conocido, adentrándose en el desierto hacia el lado de las montañas y alejándose del mar. Después de una hora de marcha era así de simple, igual que si toda mi vida hubiera sido un tuareg en marcha con su caravana. No eran las dunas de color miel que yo había imaginado dentro del camión de la basura, sino una arena sucia y dura con rocas de un negro metálico, retorcidas y filudas, que parecían haber emergido recién la noche anterior, tan lucientes eran sus caras. A veces la superficie de la arena se removía desde el interior en algún punto, rápida, brevemente, dando la impresión de que alguna cosa viva, infigurable, se hubiera trasladado de un extremo a otro sin mayor objeto. O bien, a lo lejos, en el cielo, un punto negro, inmovil, de pronto se dejaba caer verticalmente y luego repartía trabajosamente llevando alguna presa. Volviéndonos, desde un promontorio, vimos lo que debía ser Antófaga, envuelta en un capullo rojo, casi como una suave llama de forma ovalada que el violento azul del cielo contorneaba.

—¿Ves? Es el polvo de la mina, la bauxita —dijo tía Cybeles.

—¿Por qué explotar una mina cerca de la ciudad?

—Todos le echan la culpa a Bruno. Él mismo sigue maldiciendo el día en que la descubrió. Cuando vino a este desierto por primera vez, Bruno no pensaba en construir la casa, ya te dije. Vino en busca de otro mineral, y en vez de ese descubrió la bauxita. Después, cuando recibió el encargo de construir la casa, vendió la mina. Yo no entendí nunca sus historias.

—Recibió el encargo, dices. ¿De quién? ¿Para qué?

—Te digo que no sé nada. ¿Es que no vine aquí engañada? ¿Pero no te lo he dicho? ¿O es que no terminas de entender? Este iba a ser un paraíso donde vendrían a refugiarse sus amigos, sus clientes, después de la guerra, y yo iba a ser la estrella, la anfitriona, pero ya sabes, nadie vino y yo me quedé sola y prisionera y después Bruno... Él también sufrió, a su manera.

—Pero Bruno te llevó a Madrid. Te raptó, dijiste.

—Ah, Madrid. Quedamos en Madrid. Eso fue antes.

—¿Estabas enamorada de Bruno?

—Raptar es una manera de decir. Yo estaba locamente enamorada de Bruno. Pero una cosa es enamorarse, otra amar.

—¿Y entonces?

—Ahora seguimos el paseo. Después volveremos a Madrid.

Nos adentrábamos en el desierto guiados por los camellos. Dejábamos atrás la planicie, invadida de matojos de un pasto hirsuto, seco, que ni a los camellos atraía, para meternos bruscamente en desfiladeros cuyos muros de un color anaranjado se derrumbaban suavemente, como rasguñados por una mano invisible. Luego, el horizonte se abría para dar paso a otras planicies, ahora blancas de sal, resplandecientes, y a montes de base casi esférica, de color gris ceniza. En mi estado de fascinación me parecía que la sucesión de todas esas visiones no correspondía a mis propias visiones, sino a imágenes de lo que tía Cybeles me estaba contando y que yo, en la medida en que ella lo contaba, me figuraba. Más allá pasamos rápidamente junto a una zona de tumbas despojadas por los saqueadores de momias. Restos de mortajas, tejidos calcinados por el tiempo y el sol, huesos porosos y trozos de cerámica yacían esparcidos al borde de la ruta, desechados por los profanadores o caídos tras su retirada. Ya antes habíamos advertido en el camino estos jirones de tejidos rojos y negros desprendidos de tales macabros botines. Y de pronto, tía Cybeles se desvió de la ruta y enfiló con su bestia hacia un monte cuya cúspide, alguna vez cónica, parecía haber sido cortada con un instrumento de precisión y desechada, dando lugar a una especie de mesa, perfectamente plana. Hacia esa superficie, bastante alta, cabalgamos.

Una vez arriba, los camellos se arrodillaron, como si ese hubiera sido un lugar de destino perfectamente conocido para ellos. Viendo que tía Cybeles descendía, hice lo propio. Mirando en rededor esas infinitas extensiones donde no quedaba una sola huella de nuestro paso, pensé que nunca sería capaz de

reencontrar ese lugar por mí mismo. A veces llegué incluso a dudar de que pudiera existir sin el poder de sugestión de Cybeles.

Cuando mis ojos volvieron del deslumbramiento vi que estábamos sobre una extensa pista de obsidiana, lisa, resplandeciente, especie de espejo negro que convertía el azul del cielo en un mar violeta.

—¡Ayúdame a descargar, dormilón! —la voz de tía Cybeles me sacó del estupor.

Ante todo quitamos del flanco de Fátima el parasol, cuya base encajó perfectamente en un agujero de la roca, ya dispuesto aparentemente para ese fin. De las alforjas surgieron tapices y cojines, e incluso una mesita plegable sobre la cual dispusimos bebidas y vituallas. Al retirarme para apreciar el resultado me quedé tan satisfecho como si no hubiera ocurrido otra cosa que regresar a un sueño de la noche anterior, pues allí, elevados sobre la soledad del desierto, sobre la plataforma negra, bajo la luz filtrada por el parasol rojo, recostada sobre tapices orientales y cojines multicolores, entre frutas, bebidas traslúcidas y fuentes de meriendas, tía Cybeles era la perfecta maja del desierto. Más allá, en la distancia, un paisaje deslumbrador de cerros abruptos, planicies blancas, roqueríos caóticos, espejismos de lagos que se convertían en bosques, que se convertían en tropeles de bestias, que se convertían en lenguas de fuego... Aparté la vista, aturdido, y vi que tía Cybeles extendía un brazo, invitándome a tenderme a su lado.

¿Qué somos? ¿Qué nos empuja? ¿Qué nos retiene? Se dirá que uno no puede ponerse a elucubrar sobre cuestiones tan complejas mientras una dama nos tiende su mano, recostada sobre exquisitos tapices, rodeada de golosinas y bebidas refrescantes, bajo la luz irreal tamizada por el parasol de seda y con el desierto reverberante por fondo; pero las cosas no son tan simples tampoco, porque algo nos empuja y nos retiene a la vez, y uno es así víctima de la contradicción, aceleración y freno al mismo tiempo, a tal punto que la acción resultante es una especie de contorsión epiléptica que produce en el sujeto que ha provocado todo eso, la dama sobre los tapices con la mano extendida hacia uno, rencor o compasión. Tía Cybeles, sin embargo, conocía el conflicto, sabía perfectamente cómo conducir la situación cuando llegaba a ese punto, así que cogió mi mano indecisa y me atrajo hacia sí.

—¿Te parezco muy vieja?

—¿Vieja tú?

Sonrió. El arrobamiento de mi cara pareció satisfacerla. Me ofreció un higo abierto, que remeda, como se sabe, el color y consistencia de la intimidad carnal de una manera inquietante.

—El sultán me hizo la misma pregunta y yo le dije: «El tango no conoce edades». Y le enseñé a bailar.

—El sultán... ¿Pero qué sultán?

—Mohammed, ignorante. Ya sabes que Bruno le vendió doce toneladas de armamento. El mismo que nos regaló a Fátima y Abdul y además a Farid,

para que los cuidara.

—Pero eso es absurdo. Los franceses no podían permitirle comprar armas.

—Ah, tonto. Antes, Bruno se había comprado a los franceses. Por lo demás, el sultán lo hacía solo para presumir ante sus súbditos. Pero no podía bailar ante ellos. Eso no. Alá, probablemente, lo prohíbe. Así que me llevó al desierto.

—¿Un desierto como este, quieres decir?

—Oh, no. Este desierto es más salvaje y desierto que el Sahara. Pero sirve perfectamente. Es el ambiente ideal. Verás.

Diciendo lo cual extrajo de una alforja una pequeña máquina, una de aquellas grabadoras y reproductoras de cinta magnética, y accionó el botón de sonar...

Si supieras
que aún dentro del alma
conservo aquel cariño
que tuve para ti...

Ah, ¿quién no cede a esa música, quién no cede al brazo que te ciñe la nuca, a la cintura que se te ofrece, al vértigo de ese suave empujón hacia la pista? Lo que sonaba eran los primeros compases de *La Cumparsita*, y yo, sorprendido de mis propios pies, como si fueran los de otro, vi reflejados en el espejo de obsidiana nuestros cuerpos que ondulaban, entrelazados. ¿Adónde íbamos? Mis pies seguían las vías de la música cuyo eco nos llegaba ahora del fondo del desierto. Sentía en mi mejilla la de tía Cybeles y en mi cuello su aliento. Los camellos seguían masticando del interior de sus sacos y nos miraban impasibles. Girábamos por la pista, ligados el uno al otro, pero, me parecía, había un desacuerdo en nuestros pasos. Entonces, recordando cómo la cogía Benavides, sometiéndola a sus pasos, a sus entrelazamientos, y cómo ella se entregaba y aun le proponía con el cuerpo nuevas posibilidades de entrega, algo se rebeló en mí, y el deseo de dominarla, más plenamente que aquel individuo detestable, me subyugó. Abracé su cintura como un garfio, arqueé su busto hacia atrás, pegando su vientre al mío, e introduciendo mi pierna entre las suyas, haciéndola girar y luego llevándola contra el cielo ardiente, avasallado por la música, me pareció que la sumía en una posesión total. Mientras nos fundíamos así, con una desfalleciente mirada sobre su hombro, inseguro de que fuera un espejismo, entreví una laguna allá a lo lejos, donde una bandada de flamencos de plumaje rosa movían sus largos cuellos y patas al compás de la música.

Tango del barón

Qué puede decirme usted, Emma, que en su vida ha bailado un tango, y que ha debido escucharlos contra su voluntad la mitad de su vida, casi puedo imaginar los escrúpulos que ha debido sentir, usted no puede figurarse lo que han hecho de mi vida, usted me lo advirtió, ya lo sé, usted intentó salvarme y, ya condenado, me ha compadecido. Yo los bailaba torpemente, sí, usted nos espiaba, bien lo sé, cuando abría una puerta y nos sorprendía no olvido la misericordia en su mirada, cada vez que los escucho, aún hoy, cuando vienen desde allá bajo, no puedo dejar de sentir el viejo recelo ante la caída, ese de la primera vez, la intuición de todo lo que hay detrás de esa música, esa pasión oscura y a la vez burlona de sí misma. Esa burla brutal de los propios sentimientos, o la simulación de sentimientos desmedidos, esa entrega total, carnal, a una comedia de la pasión, esa jactancia en el dolor, fue algo que me fascinó y horrorizó cuando la vi a ella cantar, en esa salita azul y dorada, para Perón. ¿Cómo, dígame, Emma, cómo se puede, desde la inocencia, asumir esas pasiones brutales y decirlas con la voz más bella y estremecedora? Sabe lo que pensé entonces, era el señuelo ideal para favorecer mis negocios, pero no imaginé que sería el primero en verme envuelto en sus trampas de versos patéticos y turbadores, en sus insinuaciones, entregas y rechazos, caricias reversibles, besos traidores, en todo lo que emana de su música adhesiva y desintegrante. ¿Sabe usted? ¡Qué va a saber! ¿Sabe usted lo que es sentir celos del objeto que usted mismo ofrece, cínicamente, a la codicia ajena? Usted sí sabe, pobre Emma, cómo he vivido todos estos años, un instante colmado, después desposeído, y siempre según qué tango sonara en su cabeza, según la melodía que enardecía o enfriaba su sangre. Ah, desde el día en que incautamente le ofrecí poner los escenarios del mundo a sus pies, desde ese día... Emma, ¿está usted ahí? ¿Me oye?

Venus insinuante

Pero me engañaba si creía haber ganado algún dominio sobre Cybeles. Uno olvida insistentemente que las mujeres, al entregarse, son irreductibles a toda dominación. Somnoliento aún, envuelto en las sedas sobre la pista de obsidiana, sentí sus uñas deslizándose ligeramente sobre mi espalda.

—¿Qué harías por mí? —sentí su aliento cálido sobre mi oído.

—Cualquier cosa —dije atolondradamente, sientiéndome, mediante ella, todopoderoso.

—¿Cualquier cosa que te pida?

—Todo lo que tú me pidas.

Puesto que no poseía nada ni disponía de recurso alguno, era tan fácil prometerle eso.

Se volvió hacia mí, apoyándose en el codo.

—¿Sabes? Soy una prisionera.

Me reí. Con un ademán circular hacia los confines del desierto quise mostrarle toda la libertad de que gozábamos.

—Bah —dijo, como si eso no tuviera nada que ver—. Ya te recordaré la promesa.

En los días siguientes desapareció sin prevenirme, dejándome solo y en manos de Frau Kapinski, quien dentro de su impavidez parecía compadecida de mi suerte, aunque, claro está, yo interpretaba erróneamente los indicios. Sin tía Cybeles mi situación se volvía confusa. Un huésped fantasmal, sin anfitriones. El barón, si es que existía, no daba la menor señal de querer establecer alguna relación conmigo y, en cuanto a Farid, cuando me acercaba a él en el parque se limitaba a hacerme reverencias, a bendecir la belleza de las cosas y a alabar la bondad de sus amos. Terminaba entonces por sentarme sobre el borde de la fuente de Venus y me ponía a remover con la mano las hojas secas y a producir imaginarias ondas. Y esto es lo que ocurre cuando te dejas embelesar por la diosa: cualquiera haya sido tu historia, ella nubla tu memoria, te trastorna y te induce a contarla de formas diferentes y disparatadas y, sin que te des cuenta, te atrapa para su mundo de suspicacias y tramposas pasiones. ¿Y si todo esto, te sugiere maliciosamente, si todo no fuera más que una estupenda puesta en escena urdida por el barón? Imagínale allá arriba, hastiado de mirar las ostentaciones de los pavos reales sobre el ramaje del bosquecillo, la rojiza bruma sobre el mar que el barco de ningún

visitante ha surcado, imagínale planeando toda tu conmovedora aventura en sus más exquisitos detalles, con la ayuda solícita y siempre efectiva de Frau Kapinski, imagínale pues y dime, dícete, ¿no temes por tus precipitados sentimientos? ¡Ah... cándido desterrado! ¿Y si Cybeles, la cautivadora Cybeles, no fuera más que alguna vieja actriz itinerante alquilada, hábilmente maquillada y adiestrada para su rol de provocadora de ilusiones? ¿Y si los camellos y Farid no fueran sino restos del desaparecido circo chino?

Venus sonríe de soslayo, irónica y a la vez indulgente, y como compadecida de mi aflicción, coge el borde del peplo por encima del hombro y lo levanta hasta el nacimiento de la cintura, evidentemente para darme ánimos.

El circo chino

Para distraerme y desechar tales insinuaciones decidí ir a visitar a los ocupantes del circo chino. Ya al acercarme quedé admirado: aquellos mástiles inclinados, a punto de caer, habían sido enderezados y las telas, ahora tensadas, parchadas en sus múltiples desgarraduras con toda clase de tejidos o trozos de ropas usadas. Un gran agujero había sido cubierto con un paraguas, cuyo mango colgaba hacia el interior. Frente a la entrada, empavesada de guirnaldas, grandes carteles anunciaban la función del día. Entre la multitud de mis antiguos compañeros de cautiverio, ocupados en reacondicionar los asientos, que por la noche habían sido usados como lechos, o en ensayar piruetas en la pista, reconocí a Pompeyo. En vez de saludarme se quedó mirándome, sorprendido.

—¿Por qué no viniste anoche?

No solo esa pregunta me dejó perplejo. Viéndome tartamudeante agregó:

—¿Pero en qué mundo vives tú? Anoche fue nuestra función de estreno. Imagínate, todas las autoridades, los milicos, incluso tu barona, acompañada de su amiguito, el oficial Benavides. ¿Y tú, te has retirado del mundo?

Pálido, me así a un poste.

—Es admirable lo que habéis hecho —dije luego, para distraerle, y con un tono de emoción que correspondía a otra cosa. Normalmente le habría reprobado por ocuparse en divertir a sus recientes opresores, pero la imagen de las otras vidas de tía Cybeles me abatía. Pompeyo, que no es muy sutil, interpretó mi emoción como homenaje al trabajo realizado por ellos, y mientras negras sospechas ocupaban mi espíritu, me cogió del brazo y me llevó en una ronda por el borde de la pista.

—Cuando te descargan del camión de la basura y te echan al desierto, nada es más natural que descubrir la carpa ruinosa de un circo chino abandonado. Buscas un refugio contra el sol y por la noche contra el frío, entras a través de los jirones colgantes, ves la pista de serrín semicubierta de arena donde quedan aún unas bolas doradas y un monociclo torcido y te preguntas dónde putas se han esfumado los chinos. ¿Se los ha llevado la peste? ¿Han sido vendidos como esclavos a un gang rival, o han descubierto empleos más lucrativos? Porque, al fin y al cabo, hacer circo en el desierto no es el mejor negocio. Te preguntas todo eso y muchas cosas, pero eso no resuelve ni el cansancio, ni el hambre, ni la simple necesidad de echarte bajo un techo por la noche. Bien miradas las cosas, con calma, en el desierto no

faltan recursos para ir tirando, incluso te ofrecen créditos, porque está demostrado que los desterrados somos una buena inversión para crear nuevas fuentes económicas; pero entonces, en medio de esa ruina circense estás en apuros, hay que tomar una decisión, y cuando nos preguntamos cómo coño vamos a sobrevivir, alguien a su vez pregunta desde la galería: «¿Y una vez que estamos en el circo, ¿por qué no hacemos circo?». La respuesta a lo cual es obvia y todos nos echamos a reír, porque una vez que uno ha sido un artista bajo la tiranía, ¿qué malabarismos no puede ejecutar? Ahí lo tienes, el trabajo colectivo: no nos sirvió de mucho para cambiar el mundo, pero sí para rearmar un circo chino abandonado. Enderezamos los mástiles, remendamos las telas. El resultado, como ves, es primoroso, obra de las graciosas compañeras. Y de la perseverancia, porque de la arena logramos desenterrar las tiendas, aparatos cuyo uso nos costó comprender, manuales deshilachados con ejercicios de acrobacia explicados en chino, pero ni restos de chinos. Y entonces te pregunto: ¿quién no ha sido un poco equilibrista? ¿Quién no ha hecho juegos de prestidigitación? ¿Quién no ha hecho sonar algún instrumento y ensayado un poco de telepatía? De pronto descubres que en vez de abogado o contable podrías haber sido sin mayor problema trapecista o tragasables. Y mira allí a nuestra bella socióloga, la Paulina, sus bragas doradas con flecos de perlas y falsas esmeraldas. ¿No es una sensación? Tuvimos problemas, claro. Para empezar, con la vestimenta. ¿Qué íbamos a ponernos? Tú no sales a la pista del circo con un taparrabos, el público quiere colores, brillos, fantasía. Y mira, que buscando y buscando descubrimos que el trapero sirio poseía nada menos que todo el *garderobe chinois*, para que entiendas bien. Algo fabuloso. No pudimos sonsacarle si lo había comprado a los chinos o a los asesinos de los chinos. Si te quedas a la función verás qué maravilla. Sedas y brocados bordados de dragones, pájaros fabulosos, flores; chalecos y babuchas incrustados de pedrerías. Muchos problemas. Con el truco de la mujer aserruchada tuvimos algunos inconvenientes, y la pobre Paulina sufrió algún feo corte, todavía puedes ver las huellas, pero al fin todo se arregló, y hay que reconocer que contamos con todo el apoyo de las autoridades que, como sabes, tienen gran interés en reincorporarnos a la sociedad. Así que ¿vienes a la función de esta noche? Actuaremos para los pieles rojas.

—¿Cómo?

—Los trabajadores de la mina. Por eso de la bauxita, ya sabes.

El barón

—Y ahora qué, barón. Ahora que le tiene atrapado en la lascivia, él estará dispuesto a todo.

—Emma, usted me agobia.

—Usted sabe a qué conducen estas situaciones, barón.

—Espere, espere. ¿Recuerda usted lo que decía sobre las mujeres aquel palurdo del Caudillo?

—Ya, ya. «No lleves mujeres a la guerra, que la tendrás doble». A usted le gustaba repetirlo.

—No sé por qué pensaba en eso.

—Es que usted siempre las llevaba. A ella, quiero decir. Ahí tiene.

—¿Y qué general no se tragaba el anzuelo? Usted lo vio: con todo lo bruto que era el Caudillo no pudo resistirse.

—Es que ya entonces ella era una buscona, con su perdón.

—Emma, son palabras inapropiadas. Usted siempre ha confundido la gracia con el descaro.

—Usted mismo la llamaba así.

—Cariñosamente. Si me enfadaba.

—Usted sigue prendado de ella.

—¿Y quién no? Acuérdese, bastaba verla entrar a un salón, a un escenario, para quedar rendido.

—Usted fue el primero. A usted le costó una fortuna alquilar el teatro Calderón para que cantara. ¡Gott! ¡Introducir el tango en Madrid! ¡Qué escándalo, en aquellos años!

—Fue todo un éxito.

—Entre la chusma. Y porque usted sobornó a los de la censura.

—Emma, entonces como ahora usted solo ve las apariencias. Ya le dije, en una conversación similar sobre el tema, quién estaba de incógnito en la sala.

—Bah, todas esas artimañas suyas se me confunden, barón.

—Debíamos lograr que el Caudillo aprobara la compra de los tanques. Eran unos cacharros, usted los vio conmigo en Ucrania, Stalin no sabía qué hacer con ellos. Y solo ella podía conseguirlo.

—Solo ella, solo ella. Sabía embaucar a los hombres. Como ahora. Mire a ese imbécil del tal sobrino.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Pero si le he hecho ver cada día en qué peligro estamos! Ella está a un paso de conseguir sus objetivos.

—Sin embargo, parece tan inofensivo. Le he observado, absorto, sentado frente a Venus. ¿No fue pena lo que sentí? Dígame.

—Venus... Esa es otra...Y a mí es usted el que me da pena, barón, con el debido respeto. Le ha provocado celos al sobrinillo. Con Benavides. Y usted sabe a qué conducen los celos. No me lo niegue.

—Nadie lo sabe mejor que usted, Emma. He debido cargar con sus celos por décadas.

—Porque mi lealtad y devoción han sido y son inalterables. En cambio...

—Está bien, está bien.

—Entonces dese cuenta. Una vez que le ha infectado de lascivia y celos le tiene en sus manos. Hará lo que ella quiera. Usted conoce sus recursos. Diga una palabra y volveremos a tener paz.

—Emma, usted me abruma.

—Antes no tenía usted tantos miramientos.

—Antes... Espere, hay algo que me intriga.

—¿Sí, barón?

—Me di cuenta hoy, al despertar. O fue ayer. Creo que olvidé el número del peldaño.

—¡Cielos! ¡El de la torre!

—Me pareció tan simple entonces, usted sabe. Un número, en no más de cincuenta, es tan fácil de recordar. Aun así, me parece que lo anoté en un papel, pero no estoy seguro. Puede haber sido el 7, el 17, el 37, o tal vez nada que ver con sietes. Hace de eso tantos años. ¿No ha visto ese papel, Emma?

—Pero, barón... Yo creía... ¿Cómo no se confió usted a mí? ¿Ella lo sabe?

—No, Emma. Solo pensaba decírselo antes de morir. No olvide que es mi mujer.

—¡Su mujer! Aun antes de que usted se rompiera el espinazo al caer del camello, ya mucho antes de eso no era su mujer, recuerde. Por lo demás, usted nunca ha querido reconocer la verdad, usted se contenta pensando que el camello se espantó fortuitamente, que nadie le pisó un pie o le clavó una espina. Y el hecho de que cada noche ella suba a cogerle la mano y a contarle historias no significa que sea más su mujer que yo, que le cuido y protejo día y noche.

—Emma, por favor.

—Muy bonito, entonces. Ese papel puede caer en sus manos en cualquier momento. Gracias al sobrino, que ya sabrá encontrarlo. Toda su fortuna, barón.

—Pero eso no es todo. Acabo de darme cuenta.

—¿Qué más puede haber, santo cielo?

—Creo que más tarde cambié el lugar. Bajo el peldaño me parecieron inseguros, y en el mismo papel anoté... ¿Qué anoté, Emma?

—¡Oh, barón!

—¿Cómo es que no lo sabe usted, Emma? ¿Qué devoción, qué cuidados son esos?

Tango del Caudillo

Echado bajo el dosel, en mi cuarto, colmado de hastío y rencor hacia Cybeles por sus reiteradas libertades con Benavides, especialmente después de todo lo que me había hecho vivir en el desierto, aun desde allá arriba solía oír la música y les imaginaba entrelazados, mejilla contra mejilla, envueltos en el humo de sus cigarrillos, sin duda los labios de él, sus bigotes, rozándole el cuello. Qué más, más no quería imaginar. Ahora, quizás un par de días después, había vuelto a oír la música, como una perversa invitación. Bajé a saltos y al entrar al salón de música desafiante, dispuesto a mostrarles mi resentimiento y disgusto, ella vino hacia mí y enlazó mi cuello con su brazo moreno y reluciente de pulseras, me ofreció su cintura que apenas cubría una blusa de seda y juntó su mejilla a la mía, obligándome a llevarla en la dirección oblicua de la música, como si siempre hubiera sido así al entrar yo al salón, y siempre hubiera de continuar de la misma manera. Estaba sola. ¿Quizás otras veces también había estado sola, bailando sola? Pero, resentido todavía, yo afectaba una rigidez que en nada se correspondía con el placer de volver a tocarla. Viéndome poner esa cara de acusación y despecho, ahora que nos habíamos dejado caer en el diván, se reía, considerando mi actitud enormemente divertida.

—¿Ahora me pones esa cara? ¡Como si no supieras el esfuerzo que me significa aplacar a Benavides! ¿Olvidas que es él quien permite que vivas como un hombre libre, sin la obligación de los otros de presentarse al cuartel cada día? ¿Que soy yo quien garantiza tu conducta? A cambio debo someterme a sus pequeñas solicitudes y atenciones, acompañarle a algún espectáculo, invitarle de vez en cuando a cenar. ¿Y es eso lo que me reprochas? ¿Los sacrificios que hago por ti? Por lo demás, baila el tango magníficamente y deberías aprender de él.

—Desde cuándo los esbirros enseñan a bailar tango.

—No exageres.

Pretendí no sentirme totalmente aplacado todavía y aproveché la ocasión:

—¿Y qué me dices del barón?

–Ah, no puedes gozar de la música y dejar a Bruno en paz —dijo, riendo aún—. Se cayó del camello, eso ya lo sabes, tiempo después de instalarnos aquí. Un accidente. Antes traficaba con armas. Una vieja tradición y pasión familiar, decía. Estaba al borde de la quiebra cuando me conoció y yo fui, siempre lo reconoció, su salvadora. Nunca quise saber nada de eso. Mientras

pudiera cantar y dar placer cantando, ¿qué me importaba? Vendía submarinos, tanques, toneladas de armas y municiones, yo no sabía si con ello ganaba para sí o para otros, solo entendí, pero pude haber entendido mal, que las vendía incluso dos veces a distintos representantes del mismo cliente y que en otros casos las revendía a quienes las había comprado. Vivía despreocupadamente. Discretos personajes, incluso de bandos contrarios, parecían protegerle. Por un tiempo, breve, habitamos en un piso suntuoso, era visitado por gente tan distinguida como siniestra, edecanes, marqueses, curas, chivatos, alcahuetes, todos de una cortesía admirable. En fin, era el lujo y la gran vida, porque eso teníamos que aparentar, y Frau Kapinski ya entonces era nuestra gobernanta, la confidente de Bruno, para quien siempre fui una intrusa. No me preguntes de qué rincón de los Cárpatos la recogió, qué historia tuvo con ella, que no quiero saberlo. Viajábamos mucho y ofrecíamos cenas magníficas en espléndidos hoteles, que eran para Bruno ocasión de negociar contratos que a mí me importaban un rábano, porque no entendía nada, pero antes de todo eso Bruno sí cumplió su promesa. Me había jurado, ya en Buenos Aires, para que yo me decidiera a seguirle, que pondría los escenarios de Europa a mis pies, y en Madrid comenzó por alquilar el teatro Calderón, donde triunfaban los mejores artistas de aquel tiempo. Imperio Argentina, Carmen Sevilla, Conchita Piquer, ¿te dicen algo? Pues yo iba a competir con ellas y Bruno lo organizó todo a la perfección. Convirtió una orquesta de pasodobles en otra de tango, dispuso la publicidad, creó la expectación necesaria, gracias a sus manejos me convirtió en mujer fatal, implicándome en un pequeño escándalo con un marquesillo y un torero que se batieron en duelo, y con tal cara y facha mías hizo confeccionar los carteles, y por fin para el estreno llenó la sala y entre los asistentes supo instalar a un tal Villavicencio, que era algo así como el intendente artístico del Caudillo, y durante toda una semana fui un éxito. Pero no todo era amor, ya pronto me daría cuenta. Además, o ante todo, estaban los negocios. Había clientes difíciles y uno de ellos era precisamente el Caudillo. Para conquistarle, Bruno contaba nada menos que con mi poder de seducción.

Aún ahora no dejo de oírla y verla, alzando ambos brazos sobre la cabeza y agitando sus pulseras que destellan y tintinean, para reproducir el goce de la situación que relata, y luego el lento descenso de ambos brazos hacia los costados para cambiar el escenario de su historia; brazos que nunca descansan, manos que siempre están revoloteando, dibujando en el aire lo que su voz cuenta, mientras la música, tango tras tango, ahora a medio volumen, sigue sonando en el salón de música, que a ella le gusta iluminar solo con una lámpara de pie de pantalla de seda y flecos de cristales multicolores cuya luz nos atenúa y transfigura las butacas de cuero del barón. Y no dejo de verla en el escenario del Calderón, cuyo proscenio, entre las candilejas, el barón ha tenido el cuidado de colmar de rosas y cuyo telón de fondo ha ordenado pintar, ingenuamente, hay que excusarle, con la vista de un callejón de

Buenos Aires, la enseña de un cafetín, un farol de luz macilenta, una mujer de medias negras y boina apoyada contra él, fumando. ¿Es la primera vez que se van a oír tangos en Madrid? Seguramente no, pero es casi seguro que será la primera vez después de los tiempos de Alfonso XIII, quien los bailaba sin el menor pudor y los hubiera canturreado bajo la ducha, en caso de disponer de una.

El público no sabe lo que le espera. Los que hacen cola frente a la taquilla han sido atraídos por las hojas que el barón ha hecho repartir por medio Madrid, por las luces desfilantes de mil bombillas multicolores que escriben el nombre de Cybeles sobre la marquesina, por el escándalo bien administrado, por ver a una hembra, en fin, que va a provocarles en ese mundo de sotanas y uniformes. Y entre quienes pueden pagarse ese lujo, pequeños propietarios, rentistas, dueños de ultramarinos, truhanes, proxenetas y guardias civiles, de incógnito y bien sobornado por el barón, el tal Villavicencio, cuyas buenas gracias son fundamentales para el éxito de la operación.

Y ahí está ella al abrirse el telón, con la facha de quien vuelve a las tablas tras las aclamaciones de la noche anterior, confiada y sonriente, enviando besos a los admiradores y dando un taconazo de partida en dirección al foso y ordenando, al coger el micrófono, un ¡adelante, maestro!

¿Era así Cybeles? ¿O la veía yo así? Cada vez que desaparecía, esto es, cuando no la encontraba en el salón de música o en la galería y no me atrevía a buscarla en los espacios privados de la mansión ni a preguntarle a Frau Kapinski, ya se sabe, volvía donde Venus. Es que no se me ocurría imaginar que Cybeles pudiera estar con el barón.

¿Qué sabía ella? ¿Qué sabía Venus, la enredosa, la entrometida? No todos entienden que ese ademán, el de alzar la mano sobre el hombro y por detrás tirar el borde de la túnica para recogerla y dejar al descubierto su gracia posterior, tiene otra intención: la de distraer, desviar la atención del deleitado espectador. Que los idiotas se solacen con su trasero y urdan las fantasías correspondientes, mientras ella queda libre de pensar en lo que le dé la gana. Dioses y mortales, todos han caído en la trampa, embobados, y entretanto ella se ha ocupado de manipular sus sueños, sus oscuros deseos, de torcer a su antojo, como está visto, la imaginación de ellos.

Esa semisonrisa incitante, provocativa, lo dice todo. Venus no se engañaba. Sabía perfectamente que el barón no la había puesto allí, en el centro de la fuente, después reseca, rodeada de mirtos marchitos, para encantar a huéspedes oscuros y dudosos que nunca llegaron; que no erigió la torre de San Geminiano, ni plantó el bosquecillo, ni trajo los camellos de Marruecos tras edificar este palacio para deleitar sus días de sospechoso exilio; no, todo esto, ella y el resto eran y son aún una alusión al amor, homenaje a Cybeles de un barón enamorado.

Y sin embargo, ¿qué me defendía de imaginar a Cybeles en compañía del barón? ¿La imagen de su cabeza recostada sobre el pecho del barón sufriente?

¿La del barón hundida entre sus pechos?

—¡Déjate de fantasías! ¡Por amor! —me interrumpe—. Él nunca movió un dedo por amor. Todos sus actos, aun los más sensibles, fueron producto de cálculo, de disciplina. Si hubiera sido por amor, ¿por qué no haber construido todo esto en un lugar civilizado? Nunca fui para él algo más que un peón, un anzuelo. Verás. Al día siguiente, como era de esperar, llegó la invitación del marqués de Aritio. No por correo, nada de eso, al hotel se presentó un lacayo de librea y todo el resto. Un pergamino, eso era la invitación, me tienes que creer. El marqués, me explicó Bruno, era uno de los hombres más ricos de España, dueño de la mitad de los bancos y empresas, uno de aquellos que habían financiado la guerra y habían recibido su parte del botín de la victoria. Pero eso a Bruno le importaba un pepino. Piensa ahora en una finca en las afueras de Madrid en un día cálido de otoño. Un gran parque y jardines antepuestos a la mansión. Detrás, bosques de algarrobos y alcornoques. Y allí, semiescondida, en un claro del bosque e inaccesible a las damas, la estatua de la Venus Kalipygos que Bruno vio por primera vez y quiso hacer copiar, a lo cual el marqués se opuso, porque no debía saberse, dijo, que en una finca suya existiera tal estatua. De modo que la que hay allí abajo en el parque y que tú tanto admiras vino gracias al Duce... Pero ¡ay! Esa es otra historia. La estatua tenía una función muy particular, ya verás. Piensa ahora en un portal de verjas de hierro verde y de garfios dorados cuyas hojas dos lacayos con alabardas abren con perfecta simultaneidad a la entrada de la finca y, mientras nuestro coche la traspasa, piensa en dos siniestros personajes de negro y gafas oscuras que con galantería de chulos piden nuestras invitaciones y nos examinan. Y luego, a lo largo de la avenida hasta la mansión, figúrate nuestro coche que avanza flanqueado por dos filas de soldados de la guardia mora con sus turbantes rojos y calzones blancos embutidos en las botas, las caras oscuras y feroces, como recién venidos del fondo del desierto, con las manos prontas a desenvainar las cimitarras. Y es que el marqués de Aritio organizaba cada año una cacería de perdices en honor del Caudillo, que era adicto a esos placeres, y que se trasladaba hasta su mansión con toda la pompa y logística disponibles. Los coches de los participantes descansaban en el ensanche de la avenida de entrada, todos lustrosos de cueros, finas maderas y metales dorados, y los cocheros se pavoneaban con sus uniformes y gorros de ridículas formas y botas refulgentes.

En el vestíbulo nos recibió el propio Villavicencio, que vestía frac y chaleco blanco de seda. Y mira bien: el vestíbulo era un horror de armaduras de caballeros medievales, cabezas de fieras embalsamadas asomando de las paredes, escudos y estandartes, y un enorme Cristo tallado en madera presidiendo todo eso. La cacería había tenido lugar por la mañana y a la hora indicada para nuestra llegada se suponía que había concluido y que los participantes, ya mudados de ropa, se aprestaban para el almuerzo. Después comenzaría el espectáculo. Villavicencio llamó a un edecán y le indicó acompañar a Bruno a la mesa de los señores, mientras que a mí él mismo me

condujo a la mesa de los artistas. Y allí me quedé boquiabierta frente a ese inmenso cielo raso de valles y pastoras y carneros que parecían correr a embestirte, y la gran mesa llena de vituallas alrededor de la cual picaban y parloteaban una veintena de personas entre risotadas y gritos. Y como en el primer momento yo no sabía qué hacer, se levantó de su asiento un hombre con el aspecto de un cerdito feliz, la cara así, rosada, llena de pecas, y viéndome aislada y confusa me cogió del brazo y para darme ánimos me dijo que todo iría bien, tralalá, se puso a canturrear en francés y entonces supe que era el Charles Trenet, que me sentó a su lado y me dijo sin más que el pueblo español tenía buen gusto natural, pero que los ricos del país eran unos pelagatos de una rusticidad *épatante*. «Y encima, ya lo ves, *ma petite*, en Francia los artistas son invitados a compartir la mesa con el rey y yo mismo he cenado por lo menos con dos presidentes, mientras que aquí, para distinguirse...». Su vecina le tocó el brazo y le susurró que fuera más prudente. Charles se encogió de hombros y le respondió en su divertido castellano: «Yo sé, Carmencita, que usted va a cantarle al Caudillo *Yo fui esa*, su canción preferida»:

Yo soy... esa.
Esa oscura clavelina
que va de esquina en esquina
vorviendo atrás la cabesa...

«Pero, para que la cante aun con mayor inspiración, voy a contarle un secreto. Al Caudillo le importa un bledo la cacería de perdices. Por lo menos esta, donde el marqués. Lo que al Caudillo le interesa es la Venus...». «¡Oh, cállese usted», le interrumpió la Carmen Sevilla. «Mais non, si todo el mundo lo sabe. Cuando entran en el bosque, al pasar por el claro de la Venus, siempre deja caer algo, y mientras su ordenanza lo recoge, él, muy discretamente, desde abajo, le echa una mirada al trasero de la diosa. No es nada grave, nada de lascivo, solo curiosidad, porque en su vida no ha visto algo semejante...». Carmen Sevilla se cubrió la cara con su abanico, como si no hubiera oído, y en eso entró Villavicencio y nos invitó a pasar a la sala de fiestas.

»¿Cómo ponerte en esa sala? Tan enorme, de cielo muy alto, decorado de nubes y angelillos cogidos de las manos, en ronda alrededor de molduras doradas de donde colgaban tantas lámparas, todas encendidas, porque las ventanas estaban cubiertas de pesadas cortinas que tamizaban el sol de comienzos de la tarde. Al entrar, deslumbrada, una veía primero los enormes cuadros del muro del fondo y enseguida los gobelinos del muro opuesto a las ventanas, casi todos con escenas de caza, y solo entonces, bajando la vista, las hileras de sillones rojos y dorados y sus ocupantes, en la primera fila, al centro, el Caudillo, de uniforme blanco y con la gorra sobre las rodillas, sujeta firmemente, como si hubiera querido escapársele, flanqueado del marqués, ministros, jefes militares, ordenanzas, médico, todos llenos de cordones

dorados sobre los hombros, estrellas, correajes, fajines, medallas, todo eso, ya sabes, y a partir de la segunda fila los participantes en la cacería, entre ellos también Bruno.

»A nosotros, los artistas, luego de hacer una reverencia frente al Caudillo y los espectadores, según nos había instruido Villavicencio, se nos hizo sentar en una doble fila de sillas estrechas y duras al lado de la tarima. Villavicencio, en su frac, subió a ella y con frases muy elegantes y obsequiosas ofreció al Caudillo y al resto de los cazadores, esa «ofrenda de arte y gracia de los artistas para goce del espíritu luego del goce de la acción». Y acto seguido hubo de todo: coplas, flamenco, jotas, seguidillas, todo muy bonito y alegre y normal, hasta que el maestro de fiestas anunció a Trenet. Y ahí le tienes, que apenas le anuncia, salta al escenario como una ardilla, todo rojizo él también, hace una seña al pianista y tras renunciar a su intento de explicarse en un desastroso castellano, dice: «Alors, pour l'occasion je vous chanterai *La polka du roi*». Y tan pronto como el pianista ataca se pone a zapatear y siguiendo el rápido ritmo con el cuerpo y haciendo girar los ojos en todas direcciones, se dirige al Caudillo así, extendiendo su mano abierta:

Voulez-vous danser marquise?
Voulez-vous danser le menuet?
Vous serez vite conquise,
Donnez-moi la main s'il vous plait
Ah, ah, ah, ah...

El Caudillo miraba perplejo, así como se mira un aparato que se ha puesto a funcionar de un modo insospechado. Apretó aún más la gorra contra sus rodillas y musitó algo al oído de su vecino, el marqués o ministro de Defensa, quizás. Como al final de la canción él no aplaudió, y el resto tampoco lo hizo, Trenet se despidió con una gran reverencia y un prolongado ah, ah, ah... Esta vez sin piano.

Antes de que se prolongara un segundo más ese silencio que se produjo, el maestro de música saltó al escenario y pidió un segundo aplauso para el cantaor de flamenco que acababa, así dijo, de brindarnos esa maravillosa pieza, borrando simplemente de ese modo la reciente actuación del Trenet. «Y antes de la gran estrella de la tarde, que con su arte inimitable pondrá fin a esta velada, Carmen Sevilla, una pequeña y grata sorpresa», así dijo, extendiendo el brazo y señalándome a mí para que subiera a la tarima. ¡Ah, qué te digo! ¿Me has visto con ese traje, el negro, estrecho, largo, abierto al lado solo en una pierna hasta la rodilla, no más arriba, y todo surcado de lentejuelas helicoidales? ¿No? Pues trataré de buscarlo y ponérmelo para ti, la próxima vez. No te prometo nada, posiblemente me quede muy estrecho. ¿Me quedará estrecho? Mírame pues, toca mi cintura... ¡Ah!... Y zapatos de tacón alto, también negros, brillantes, y guantes negros muy largos, por encima del codo, y el pelo rizado, también negro, más que ahora, y solo mi boca roja y un

collar de perlas, así subí a la tarima y al instante, como habíamos acordado, el pianista se largó con *Muñeca brava*:

Che, madam que parlás en francés
Y tirás ventolín en dos manos,
Que cenás con champán bien frappé
Y en el tango enredás tu ilusión...
Sos un biscuit de pestañas muy arqueadas...

»¡Qué palurda! ¿Qué me importaba a mí el Caudillo? ¿Qué sabía yo de él y qué me importaban sus historias? Yo cantaba para Bruno, todo ese regalo de mi voz y de mi cuerpo con las lentejuelas que ondeaban era para él, y a él lo único que le interesaba era el efecto de todo eso sobre sus clientes. Le esperaba horas en el hotel, y después en otros hoteles, siempre en hoteles de aquí para allá mientras él andaba en sus reuniones, consiguiendo o vendiendo sus malditos trastos, ¿pero cómo iba a darme cuenta en ese tiempo, si me llenaba de lujos, de atenciones, de caricias? Así que entonces con mi mejor voz y con el aire de esa involuntaria procacidad que él me había enseñado cantaba sos un biscuit de pestañas muy arqueadas para el Caudillo, muñeca brava, bien cotizada, y mientras yo extendía el brazo hacia él y luego hacia los ventanales cubiertos, él, el Caudillo, me miraba y oía tan asombrado y a la vez tan rígido, como si hubiera sido víctima de algún terrible calambre o impresión que no debía delatar. ¡Qué podía hacer! Me dio pena. Podrás reírte o reñirme o decir lo que te dé la gana, pero sentí pena por él, y sin pensarlo, sin pensar en nada, bajé de la tarima, siempre cantando, avancé hasta el Caudillo, que abrió tremendamente los ojos, me planté frente a él y extendí mi mano, para que la cogiera. Me miró más asombrado aún, medio se levantó, porque yo le tiraba, mirando inquieto a su alrededor, y como yo retrocedí, atrayéndole, di con él un paso de baile, que el pianista seguía tocando la música, boquiabierto, y él puso su mano sobre mi cintura más bien para apoyarse, no su mano que siempre sostenía la gorra, sino el puño apretando la gorra, y después de un paso, solo un paso, se desprendió de mí, hizo una venia con la cabeza, más bien al estilo militar, y volvió a sentarse. Después de unos segundos de brutal silencio, estalló un aplauso general. En los días siguientes, Bruno le vendió yo no sé cuántos helicópteros que algún país había clasificado como desechos. ¿O eran los tanques de Ucrania? Ya no sé. Ahí tienes.

Cybeles me contaba todo aquello como si yo hubiera vivido hasta entonces en otro mundo y hubiese sido uno de los pocos ignorantes de tales hechos. Mi admiración o escepticismo por partes de su relato la divertían igualmente.

—¿Te das cuenta ahora? —me decía luego—. Yo era tan ingenua como para creer que él me llevaba a cantar aquí y allá, ante los grandes del mundo, como decía, por amor hacia mí y la música. Qué va, era solo por amor al negocio y las intrigas, a su goce de las confabulaciones, porque después se

atribuía todo el éxito a sí mismo. Y al final fue también por cálculo, por hacer la mejor inversión de su vida que me trajo aquí, ya sin voz, porque la perdí en Berna a causa de ese patán, el cónsul paraguayo, con la promesa de someterme a los mejores médicos y luego hacerme brillar ante la mejor sociedad, pero, como sabes, me ha traído a este sepulcro de lujo donde nadie... donde solo tú has venido. Solo tú puedes salvarme.

Había recostado la cabeza sobre mi pecho y me miraba hacia arriba con ojos risueños e implorantes.

—¿Y cómo podría yo salvarte, y de qué?

—Te he dicho una y otra vez que soy su prisionera. ¿Adónde iría yo en este desierto, sola? Cada día que pasa me veo morir. Mira qué horrible estoy. El tiempo...

Un tango seguía sonando desde el tocadiscos y movido por una mezcla de sus palabras, o las de ella, me desprendí de sus brazos y me eché a sus pies, abrazándolos. Me pareció que era mi voz la que decía:

El tiempo pasa de largo
cuando te abrazo en un tango

—¿Qué tiempo? Dijiste que harías cualquier cosa por mí.

—Sí, lo dije.

—¿Entonces?

—¿Qué quieres que haga?

—Ayúdame a escapar. Huyamos juntos.

—¿Adónde? ¿Con qué medios? Recuerda que no tengo ni la propia ropa, que soy tu invitado, tu sobrino, que...

—Existe un recurso.

Se incorporó y me susurró al oído:

—Los diamantes.

—¿Qué diamantes?

—Los diamantes del Duce.

Oímos golpes en la puerta, y mientras nos apartábamos bruscamente, yo semiarrodillado aún, asomó con cautela la cabeza de Frau Kapinski.

—Un señor Pompeyo insiste en querer hablar con su sobrino, señora barona. —Así dijo Frau Kapinski, como si yo hubiera estado en otra parte.

Circo y moral

Iracundo, o afectando ira, Pompeyo no hizo más que suspirar y gesticular hasta que llegamos al quiosco de don Zoro, junto al mar. Don Zoro daba a entender, indirectamente, que había tenido un cargo de alta responsabilidad en el gobierno revolucionario, pero era tanto el misterio que debíamos concedernos los unos a los otros, que nadie se atrevía a sospechar que pudiera haber sido de otro modo. Excepto el mismo Pompeyo, que hablándome en susurros, más adelante, me daría a entender con ciertos gestos que bien podría haber sido algún agente enemigo. Pero Pompeyo tenía la manía de ver agentes por todos lados.

Don Zoro, desterrado como nosotros, había edificado su quiosco con restos del desierto, esto es, con desechos de construcciones o demoliciones o restos de naufragios, que todo se confundía en el basural, sobre unos pilares en medio de las rocas, entre las cuales venían a morir las olas, de modo que uno las oía entrechocarse bajo los pies e incluso sentía, por entre las tablas, algunas salpicaduras en las piernas. Uno se instalaba en unos taburetes altos y desiguales, de asientos giratorios, que podían haber pertenecido a barberos o dentistas, ante un mesón formado por un par de puertas ensambladas. Detrás, unas estanterías ofrecían botellas de bebidas coloreadas, latas de conservas con etiquetas antiguas, galletas y otras menudencias. Debajo del mesón, dentro de una jofaina de fierro enlozado y dibujos floreales llena de agua marina que mediante un balde don Zoro renovaba continuamente, se enfriaban las botellas de cerveza. Pompeyo ordenó dos. También se podía pedir café sintético. Por delicadeza o por imposiciones del terreno, don Zoro había edificado su quiosco justo en esa línea que divide la atmósfera purpúrea de Antófaga y su mina de bauxita del resto normal del cielo, de modo que a sus espaldas uno tenía la nube rubicunda de polvo, traspasada oblicuamente de sol, lo que daba a Antófaga su conocido aspecto de finismundi, y enfrente, el mar y el cielo, uno verde y el otro azul o viceversa. El local era muy frecuentado por soldados y allí me había encontrado ya antes con el sargento que nos había expulsado a patadas del fuerte a nuestra llegada y que al verme se había excusado presta y contritamente de aquel hecho, atribuyéndolo a órdenes superiores que al fin y al cabo solo tenían un propósito de corrección moral.

Con su traje de oficial inglés en el desierto libio, Pompeyo tenía un aspecto impresionante.

—Y bien —le provoqué para que hablara.

—Verás —dijo—, tienes que ayudarme.

—¿En qué podría yo ayudar a alguien? —dije, palpándome, para hacerle ver mi condición paupérrima.

—No tú directamente —se limpió la espuma de los labios—. Pero tu tía.

Su mirada era provocante, acusadora, como diciéndome hasta qué punto estás con nosotros o con el campo contrario.

—¿La barona? ¿Qué tiene que ver contigo?

—Verás. En realidad sabes muy bien. Los milicos hacen las cochinadas que sabemos, pero ante el público están por la moral.

—¿Y? ¿Qué tiene mi tía que ver con los milicos y la moral?

—Oh, sí, tiene mucho que ver. Espera. Hace un par de días me citaron por escrito a la comandancia, cosa ya en sí apreciable, pues antes, como sabes, se iba directamente a la sustancia. La precedencia de la escritura al uso del garrote indica un paso gigantesco hacia la civilización. Bien. Su circo, me dijeron —yo de pie frente a una mesa con banderitas, timbres, cartapacios y tres milicos muy serios sentados a ella—, se ha convertido en un atentado a la moral. No te niego que a veces nos divertimos un poco, que hacemos alguna pequeña fiestecilla y que nuestras niñas son un poco ligeras de cascos. Más aún: nuestro circo, agregaron, bien podría ser una amena fachada para actividades subversivas y, en cualquier caso, como albergue de libertinajes y mal ejemplo para la población, debía ser clausurado. En resumen, que debemos desalojar en una semana y buscarnos ocupaciones honradas.

—Todo eso suena muy dramático, Pompeyo, pero aún no entiendo qué...

—Espera. Uno de los milicos tras la mesa era el teniente Benavides, el amigo de tu tía.

—¡Ah!

—Ahora ves que puedes ayudarme. Parecen muy amigos. Te he dicho ya que han asistido juntos a nuestras funciones y...

—¿Y qué? ¿Qué quieres insinuar?

—Nada, nada, que uno no puede discutir con los milicos, todo el mundo lo sabe. Si le hubieras insinuado a Aquiles que el asunto de Helena era puro pretexto para una excursión imperialista, te habría mandado a freír monos. A tu tía, en cambio, no puede negarle algo. Que nos dé un plazo más largo. Así tenemos tiempo de buscar alternativas. Por lo demás, nuestro repertorio es limitado y en Antófaga apenas nos quedan espectadores. Paulina ha estado pensando en transformar el circo. ¿Te imaginas? En vez de la pista, una linda pasarela tapizada de rojo. Desfiles de modas para las mujeres de los milicos. ¿Te das cuenta? Está llena de ideas. Pero lo que ahora importa es una postergación. No podemos ir a la calle, es decir a la arena del desierto. Tu tía...

¿Cómo podía negarme? Le prometí que haría lo posible, mientras me preguntaba hasta dónde llegaba la influencia que podía tener Cybeles sobre

Benavides. ¿Desde cuándo se conocían? Él la había informado de mi llegada a Antófaga, gracias a ella me había liberado de odiosas imposiciones. Ella le invitaba de tiempo en tiempo a cenar y se divertía oyendo sus eruditas disertaciones, que a veces me daban la impresión de ser una impostura para cuando yo estaba presente. Después bailaban y desaparecía con él con el pretexto de despedirle.

—Baila magníficamente el tango —me repetía— y tengo que ser gentil con él, ya sabes. Para que te dejen en paz.

El barón

—Emma.

—Sí, barón.

—Falta un pavo. Anoche se lo dije a ella, y fue como si hablara al aire. Ya no me escucha.

—¿Solo uno?

—¿Solo uno? Usted debería saber, era único: los dibujos circulares de sus plumas caudales irradiaban los mismos cinco tonos del escudo de Aquiles. Según Homero: «Allí cinceló el cielo, el mar, el sol infatigable, la luna llena, las constelaciones todas de que el cielo se corona...». Hace dos días no lo veo sobre las copas de los árboles, le dije, y ella se encogió de hombros.

—Honestamente, barón, nunca he distinguido uno de los otros. Sé que usted tiene un nombre para cada uno, pero individualizar a treinta y dos pavos, perdone, es mucho para mí.

—Todo disminuye. Lo bello, digo. Hay una sustracción cotidiana de lo bello.

—Pero, barón, usted no se da cuenta. El problema no es un pavo más, un pavo menos. Cualquier día de estos es ella la que va a desaparecer. Será ella la que falte.

—¿Qué barbaridades dice usted?

—Anoche ella se ha decidido. Para instigarle a huir le ha mencionado los diamantes.

—¿Los del Duce? ¡Ah, la pérfida! Anche lei e caduto nella sua rete.

—¿Cómo?

—En Roccabruna. ¿No recuerda? Le hizo perder la cabeza. ¿No era un plan perfecto el mío?

—Sí, sí, muy bonito. Usted me dejó abandonada en un hotel y a ella la llevó de noche en una barca de fantasía sobre el lago. Como el padre a una novia.

—¡Y qué novia! De pie sobre la popa, con un velo negro.

—Usted y sus maniobras. Usted la empujaba al pecado y luego se lamentaba. ¿Qué amor era ese, dígame?

—Conflictos que se llevan en la sangre. Siempre se sacrificó el amor a los negocios, y el resto son novelas. ¿Qué hace usted cuando ya sus abuelos vendían armas a Franz Joseph y al Káiser? Usted cede lo más amado a un

buen cliente, es irresistible. Si quieres vender debes seducir.

El sufrimiento es parte del negocio.

—Pero, barón, qué importa ahora. Dígame dónde están los diamantes, para evitar una catástrofe.

—¿No se lo dije? En el peldaño diecisiete.

—No. Usted me dijo que los había cambiado de lugar.

—¿Le dije eso?

—Que había anotado en un papel el nuevo lugar.

—Sí, sí. Sobre el mismo papel. ¿Dónde está?

—Usted debe haberlo guardado. Yo no sé nada.

—Bien, ya aparecerá.

—Y entretanto quiere dejarlo todo a la buena suerte. Recuerde que no hay barreras para la pasión. El demonio ayuda a los poseídos. En cualquier momento, con su auxilio, él encuentra el papel y ambos huyen con los diamantes. ¿Se da cuenta?

—¿Y qué quiere que hagamos?

—Liquidarle. No queda otra.

—Liquidarle, dice usted. Su vieja receta. ¿Cómo?

—Pues como antes. Con la ayuda de Farid. No habrá problemas.

—Ach, Emma, usted me trastorna. ¿No le parece un buen chico? Le he visto sentado al borde de la fuente de Venus con una expresión, cómo decirlo, de inspiración, de adoración casi, como hacía yo. Me daría pena.

—¿Qué le ocurre, barón? Antes no se andaba usted con tanto escrúpulo.

—Es la indiferencia, Emma. El tiempo es el padre de la indiferencia.

—¿Entonces?

—¿Cree usted... cree usted que él está, por así decir, enamorado?

—¡Ah! ¡Ahora lo dice! Le tiene embrujado, si quiere saber. Usted conoce de sobra sus recursos.

—¡Embrujado! Como a todo el resto. Como el mismo diablo. Todavía es capaz, ¿eh? Incluso sin su voz.

—¿Eso creía usted, que ya sin voz y sin los grandes especialistas que también debían llegar junto a los ilustres huéspedes, la iba a tener domada para siempre?

—¡Cállese, Emma! Dejemos eso.

—Dejemos eso, dejemos eso, así no se resuelven las cosas. Yo también quiero vivir en paz. Si ella se larga, usted se pondrá insoportable. Y yo tendré que cargar con todo.

—¿Qué quiere que haga, en fin?

—Si tanto duda, vea las cosas por sí mismo. Vuelva al salón. Le ayudaremos a bajar con Farid. Enfréntese a ellos. Compruebe la traición y decida.

—No puedo.

—Sí que puede.

—No podré mirar los pavos, ni el bosque, ni el mar.

—Esos son viejos pretextos, barón. No quiere verla como se muestra abajo, con la impudicia de sus trajes y medias de seda, sus pulseras provocantes, sus tangos, sus brazos enganchados al cuello de los hombres cuando baila. Usted prefiere las visitas de ella aquí por las tardes, su cara sin maquillaje, su hipócrita solicitud, sus mentiras sin fin, que a usted le gusta creer. Usted prefiere creer —se lo digo por su propio bien— que el tiempo y los males han pasado por ella lo mismo que por usted. Y aún pretende no oír la música que suena abajo por las noches.

—¡Emma!

—Ella nunca le perdonó haberla traído a este desierto.

—Nadie iba a darse cuenta de que estábamos en el desierto. Iba a ser un mundo aparte, con toda la belleza y los placeres del mundo.

—En fin. Ya lo hemos dicho tantas veces. Aquí estamos. Decida.

—Debo pensar. Ya lo arreglaremos.

Oficial Benavides

Cybeles me había advertido que debía vestirme adecuadamente para causar la mejor impresión posible, por lo que estimé que el traje de colono francés de Indochina, o que parecía tal, debía ser el más apropiado. En el bolsillo del pantalón hallé un papel y al desdoblarlo recordé haberlo repuesto allí yo mismo. Reconocí aquella borrosa escritura tachada y más abajo la figura que antes había asociado con una garra. Con prisa, sin pensar en ello volví a doblar la hoja y la retorné a su lugar. Al entrar yo en el salón, Benavides se levantó de un solo impulso, juntó los talones de sus botines relucientes, que siempre se hacía desempolvar por un ordenanza antes de entrar a El Edén, y con un discreto golpe de los tacones me saludó inclinándose, con esa expresión de respeto burlesco cuyo exacto significado solo más tarde yo conseguiría descifrar. Le saludé también, con una ligera inclinación de cabeza, teniendo en cuenta que debía mostrarme afable con él, a causa de la petición de Pompeyo que antes había expuesto a Cybeles y que esta le había transmitido, motivando la visita actual. Y ya que estábamos saludándonos tan formalmente, me incliné ante Cybeles, que estaba recostada en el diván, sobre cojines multicolores, y besé su mano. Un momento, dudé en volverme, mareado por su perfume e inquieto por los dibujos provocantes que formaban en su piel las oquedades del tejido de encaje negro de su traje. El tocadiscos estaba en marcha y sonaba discretamente la música de una orquesta de tango. Todo inducía a tomarla en los brazos y olvidar. En ese momento habría obedecido a Cybeles ciegamente, habría abatido a Benavides y habríamos huido no sabía adónde, con o sin diamantes. Traté de volver a la realidad. Mi impetuosidad consistió en volverme a mirar a Benavides a los ojos, con furia. Después creí entender también por qué ella se había vestido de esa forma y había creado ese ambiente.

—No puedo dejar de advertir —Benavides se dirigía a mí con una amplia sonrisa, malinterpretando mi furia— que persiste en usted el reproche a mi condición militar.

—Pero, Benavides, no empiece usted...

—Son cosas que hay que aclarar, barona, de lo contrario siempre persistirá un malentendido, no solo en el ánimo de su sobrino y ahora amigo mío, sino en parte de la sociedad en general. En palabras claras: debe reconocerse que nosotros, los militares, somos los generadores del mundo actual y que lo seremos, casi sin duda, del mundo de mañana.

Benavides decía todo eso con su habitual placer oratorio, luego de

haberse sentado en uno de los sillones de cuero del barón, una pierna sobre la otra, el pie izquierdo sobresaliendo más allá de la rodilla y llevando el compás del tango como un metrónomo, y el otro apoyado en el suelo dibujando los movimientos de un bailarín imaginario.

—No cabe duda de que nosotros hacemos la historia y la rehacemos cuando no va por el buen camino. Decirlo así suena brutal, pero es mejor decirlo: el mundo en que vivimos, la vida que llevamos, son obras de la guerra. La guerra es cruel y también fructuosa. Luchando en Troya los griegos lograron su unidad material y espiritual, decía Hegel. Nosotros, los militares, siempre nos hemos inspirado en los filósofos. Hemos hecho nuestra la expresión de Aristóteles: hacemos la guerra para poder vivir en paz.

—Está bien, Benavides —le interrumpió Cybeles—. Recuerde que mi sobrino quería transmitirle una petición...

La verdad era que yo apenas prestaba atención a Benavides. Estaba absorto en la apariencia de Cybeles. Desde el primer día me había fascinado su elaborada belleza, pero ahora había algo que la hacía más irresistible. Los colores contrastantes de su maquillaje, pelo y ojos negros y ese rojo labial de fruto húmedo, recién abierto, el traje negro con esos claroscuros entre tejido y piel en brazos y garganta, las medias grises, los zapatos rojos. Me dije que todo eso no podía tener sino el propósito de deslumbrar a Benavides para que accediera a mi pedido. Me dije, por un momento, atrevidamente, que todo eso lo hacía por mí. Así que dirigiéndome a él, que antes se había vuelto hacia Cybeles con una expresión cortés y respetuosa que no admitía ningún equívoco, le expuse la situación de Pompeyo.

—Ah, no vayan ustedes a pensar que soy un mojigato. Lo que haga la gente en la intimidad me tiene sin cuidado. Pero en una carpa de circo donde conviven día y noche hombres y mujeres jóvenes, en un ambiente musical y lúdico y donde casi todo puede espiarse desde el exterior o suponerse, no se puede permitir, y la población alberga fundadas sospechas de actos inmorales que atraen la curiosidad de jóvenes e incluso niños. Los militares hemos recibido quejas y debemos atenderlas. Ahora bien, la idea de transformar el circo en salón de desfile de modas me parece excelente, y bajo esa premisa estoy dispuesto a que se considere una postergación del desalojo, o incluso que se anule la decisión si todo se desarrolla decentemente.

—Usted es un ángel, Benavides.

—Ah, barona... —suspiró, como si lo que hubiera querido decir sobrepasara su capacidad de expresarlo, pero enseguida recobró su tono anterior—. Ya ven ustedes, ese es el aspecto positivo de nuestra acción: los desterrados, tras superar algunas penurias, se transforman en motores del progreso. Una gran conmoción política, como la que nos hemos vistos obligados a provocar, puede ser dolorosa al comienzo, pero luego da sus frutos. La molicie engendrada por el amparo estatal, los conflictos entre clases sociales, todo eso se va al demonio cuando resurge la creatividad individual y

en consecuencia la innovación, la creación de nuevas fuentes de producción y riqueza...

—Bien, Benavides. No entiendo nada de eso, pero siento que está usted en lo cierto. Es usted muy generoso y mi sobrino le agradece.

—Quizás quiera usted bailar...

—Con sumo placer —me dirigió un guiño de complicidad—. Y tú, puedes ir entretanto a comunicar la buena nueva a tu amigo.

¿Qué podía decir? Por un momento, mientras Benavides exponía su tesis, con garbosos gestos de sus brazos, una verdadera danza, es cierto, pensé que podía rebatírsele con bellísimos argumentos morales, pero difícilmente con hechos históricos. Ahora, convencido de que Cybeles accedía a bailar con él unos tangos en recompensa por el favor otorgado a Pompeyo, no me quedó otra que desearles buenas noches y partir.

Versatilidad del tiempo

Aquí, entre otras cosas, se pierden las referencias del tiempo. Qué ocurrió antes, qué después, no siempre es claro. Las historias de Cybeles se entremezclan con mis rememoraciones. Quizás quito detalles importantes, quizás agrego otros. No puedo asegurar que mis propias acciones se hayan producido o que hayan sido simples intenciones de actuar. Es este resplandor, afuera, la atmósfera deslumbrante, el aire ardiente que zumba y vibra como si fuera a explosionar, esta gran masa de luz que te vacía el cerebro y te da la impresión de ser un objeto luminoso más, otra fuente de radiación, o dicho de otro modo, que se introduce en el cerebro y tan pronto como cierras los ojos para evitarla ves otros cielos, rojos, violetas, cruzados de relámpagos. Son estos interiores del palacio creado por el barón, el invariable crepúsculo de salones y pasillos, ventanas cerradas y cubiertas de cortinajes para defenderse del calor y la luz, y el denso aire de cigarrillos egipcios que Benavides regala a Cybeles y los ecos oníricos y sensuales de su voz, su música, sus pasos, el rítmico taconeo, el rumor de sus sedas, su voz somnolienta, es todo eso y tanto más lo que te induce al olvido y la molicie. Cuántas cosas que no recuerdo, o que solo un momento después ya no recordaba. Al final del día, a veces, ni siquiera sabía cómo había transcurrido el día, aparte de las recientes, de las más inmediatas percepciones de Cybeles, o de la noción de su ausencia. Como esos claros que repentinamente se abren en el cielo cubierto, reaparecen ahora momentos e incluso días olvidados. Por ejemplo, las horas empleadas en arreglar el jardín. No sé cómo comencé a hacerlo. Debe haber sido a causa de Venus y su fuente reseca, cubierta de hojarasca polvorienta que ya la primera vez me había apenado mirar. Sentado en su borde, como tantas veces, debe haber sido el ademán inconsciente de remover el agua, inexistente, lo que me habrá determinado a quitar las hojas de algún modo metódico. No sé si comencé a hacerlo enseguida o días después. Solo sé que Farid se acercó y me dijo que no debía continuar sin antes consultar al barón. Algún otro día que salí al parque, Farid se me acercó y me dijo que podíamos comenzar el trabajo. Desprendimos entonces enormes bloques de lodo reseco y hojas hasta llegar penosamente al fondo de mosaicos donde poco a poco descubrimos la imitación de una escena erótica de algún suelo de Pompeya. En cuanto a Venus, la lenta lluvia del polvo rojo, ya bastante adherido, había conferido al conjunto de su figura un aspecto plebeyamente burdelesco.

—No sabes con quién te metes —me dijo Cybeles, burlona, cuando le conté. Me pareció una broma y con Farid continuamos el trabajo.

Deben haber transcurrido días antes de que pudiéramos restituirle al bronce el tono verdoso, dorado en las prominencias, que intento, ahora, obstinadamente mantener, como si eso diera un sentido a mi vida. Cómo ocurrió el descubrimiento es algo cuyas secuencias me cuesta recomponer. Estaba puliendo su mano derecha, la que extiende por detrás del hombro para coger el borde plegado de la túnica y así dejar al descubierto sus turgencias anatómicas, estaba en eso cuando, al contacto con el dorso, alguna asociación con algo conocido, de inmediato impenetrable, me detuvo. Seguí puliendo, atento a que algo se manifestara, algo que estaba ahí, en mi cerebro, bloqueado. Una imagen, una palabra, un sonido, un olor incluso, buscan su correspondencia en la memoria y tan pronto como uno quiere encontrarla cae una especie de telón negro, una prohibición misteriosa que nos deja la sensación inquietante de ser considerados unos extraños por nuestra propia intimidad.

La noche siguiente, o alguna de las siguientes, dormido, di un salto desde la cama y aún sin saber qué hacía, casi en sueños, abrí el ropero y descolgué el traje de colono indochino. Solo cuando tuve en mis manos el pantalón y saqué el papel doblado que alguna vez había devuelto a ese sitio me di cuenta de lo que estaba haciendo y de la asociación que mi cerebro había establecido. A la luz de un fósforo extendí el papel y comprendí que esos vagos trazos, interpretados antes por mí como una garra vista de perfil, bien podían corresponder a la imagen que me había despertado: la mano de Venus, cogiendo por encima del hombro el borde de la túnica para alzarla. No es que yo me haya puesto a pensar en eso o a sacar conclusiones. No es que yo haya tomado una decisión. Sin saber exactamente qué iba a hacer, me veo ahora caminando de puntillas, los zapatos en la mano, a lo largo de escaleras y pasillos hasta llegar a la galería y de ahí salir al exterior. Ahí me calzo y avanzo por el sendero de grava paso a paso, ahora despierto del todo, atento a no haber llamado la atención. Pero en caso de ser sorprendido, ¿qué delito es ese de pasearse en una noche de insomnio? Eso podía explicarse, pero no el hecho, un poco después, de subirme sobre el borde de la fuente de Venus y poner mi mano sobre la suya, como sobre la mano de la mujer querida. En las noches del desierto, antes de que se forme la niebla, las estrellas lo iluminan todo. El bosquecillo se veía blanqueado, algo fantasmal, la casa se destacaba como una mole negra, las formas de la diosa eran aún más inquietantes en el claroscuro. Era como si lo hubiera sabido: con mi mano sobre el dorso de la suya apliqué un pequeño movimiento de torsión hacia ambos lados. En la muñeca, donde sobresale esa especie de pulsera, se produjo un sonido, un clic. Entonces comprendí que solo en apariencia esa mano sujetaba la túnica. Esta, o más bien dicho su forma metálica, estaba firmemente sostenida desde abajo, desde algún punto por detrás de la cintura, y la mano simplemente reposaba sobre los pliegues de la tela. Era un buen truco. Torcí un poco más, hubo un sonido metálico sordo, herrumbroso, y la mano de Venus quedó en mi mano. Del interior del antebrazo, hueco, surgió el borde de una tela negra. Tiré de

ella. Era una pequeña bolsa. Abrí el bocal y a la luz de las estrellas las piedrecillas resplandecieron. Era eso, los diamantes de Cybeles. Sentí un gran pesar, como entreviendo que me acercaba al final o a un cambio brutal de mi aventura. Y al levantar los ojos vi una luz encendida en lo alto de la casa, una sombra retirándose.

Tango del Duce

Ella desciende la ancha escalera adosada al muro, que abriéndose en abanico hacia el salón desemboca en él, como la primera vez que llegué aquí, deslizando la mano enjoyada sobre la baranda, sin mirar los peldaños, la vista fija en mí, desafiante, provocante, justamente por el afectado candor. Bajo esa luz que parece seguirla como la de un proyector, los brazos morenos desnudos hasta cerca de los hombros, donde unas breves mangas que los cubren están recogidas bajo las axilas. El traje largo, escotado hasta el nacimiento del seno, formando pliegues que ondean en la parte inferior, es de seda gris, y un cinturón de la misma tela se expande sobre el vientre formando una especie de mariposa de pedrerías multicolores.

—Quería hacerte ver —me dice, viniendo hacia mí, soberbia, echándome los brazos alrededor del cuello— cómo Bruno planeó la forma en que debía presentarme ante el Duce. Es el mismo vestido. ¿Te gusta? ¿Soy yo la misma?

¿Qué podía decir yo? La seda deslizante, el perfume. Dejar que sus palabras crearan en mi cabeza sus múltiples escenarios. Me había convertido en un adicto.

—Fue tremendamente efectivo —agregó, echando a andar la música y comprobando con satisfacción que la puesta en escena era tan efectiva ahora como entonces.

No sé cuánto tiempo pasó. No sé cuánto después me pareció que había ocurrido una pausa. Es lo que pasa en tales casos de embeleso. «¿Y entonces?», le pregunté. Quizás ya era de noche, quizás estaba amaneciendo. En ese salón no se sabía nada del tiempo.

—Será mejor ir por el principio. Según Bruno, era la pasión por el desierto lo que había impulsado al Duce a apoderarse de Libia, y ahora, pensaba él, cuando todo se derrumbaba y el desierto libio estaba fuera de alcance, había que proponerle un desierto por otro, desplazar su pasión hacia Antófaga. Pero no era tan simple. Había que agregar una atracción extra, es decir yo, los consuelos de mi compañía, de la música y del baile para que el cambio fuera deseable y excitante. Así que con tales propósitos, Bruno me obligó a acompañarle al lago de Como, un bello lugar lleno de historias y sorpresas. ¿Cómo podía negarme?

Mi llegada debía producirse en secreto, porque mi aparición ante el Duce solo debía ocurrir, según las disposiciones de Bruno, como un acontecimiento espectacular. ¿Sabes lo que es navegar por el lago de Como de noche hasta

Blevio, bajo una luna menguante, amarillenta, que se refleja en las ondas, donde también se reflejan todas las luces de las villas que bordean el agua? Y agrega a eso que voy en una embarcación a vela, según la fantasía de Bruno lo había dispuesto, cubierta con un velo negro, llena de misterio, de pie en la popa. Al acercanos a Blevio ahí estaba Roccabruna, el palacio de Magda Brard, todo de piedra, imponente, dando la impresión, con su reflejo, de volcarse en el agua. ¿Cómo que no tienes idea? Magda era la pianista más famosa de aquel tiempo, alumna de Cortot, y sobre todo una de las amantes más adoradas del Duce, y madre de su hija. Pero no solo eso, era una espía, una agente doble, amaba al Duce y traicionaba a los fascistas.

—Cara, besémonos como dos hermanas. No soy ninguna ingenua. Conozco las intenciones del barón, porque es un buen amigo y me ha hecho algún favor que aprecio, así que no tienes necesidad de simular. Vienes aquí a seducir al Duce y no debes pensar que ello me apena. No, todas las que le amamos, comenzando por la Petacci, admitimos sus pasiones pasajeras y en un momento como este, tan lleno de presagios tristes, más aún, creemos que debe animársele por todos los medios. Sí, ahí estoy con él, de pie sobre la escalera de su casa natal, en Predappio, éramos tan jóvenes entonces, pasamos allí una noche y de esa noche debe venir nuestra hija. *Tu m'ai fatto bene, amore*, eso está escrito. Ven, bebe una grappa para coger fuerzas y luego empezaremos a ensayar. Dame la partitura.

Fumando espero
al hombre que yo quiero...

»Has elegido muy bien. Quieres decir al Duce, ¿eh? También le espero yo así, como tantas otras... A Beni le encantará; es, además de todo —diré más bien a pesar de todo—, un gran músico. ¿Sabes que solo a los treinta años comenzó a estudiar el violín? No mucho después ya podría haber sido un gran artista, si el demonio no le hubiera llevado antes por otros caminos... Una vez, aquí mismo, cuando recorríamos los senderos del parque, mirando la lejanía del lago me dijo: «Si fuera un gran músico, fundiría en un solo canto, en un solo himno, todas las voces y pálpitos del universo», y sus ojos se iluminaron con una misteriosa luz. Perdona, yo sé que volcarás tu encanto, que ya adivino, de forma funcional... No, no, no quiero decir que seas una puta, es el barón quien te somete a esto y uno nunca sabe si lo que le mueve es realmente allanar el camino para la venta de su chatarra bélica, o si lleva algún propósito, digamos, misterioso. No, como sea, presiento que hay algo en ti, una inspiración que sublima todo lo que pudiera haber de turbio en la acción, quiero decir que el arte triunfa sobre el comercio; verás, al aparecer en el escenario, algunas veces me han abucheado por ser amante del Duce, pero pronto, cuando he comenzado a tocar, los insultos han ido cesando, es el triunfo de la música sobre el odio. Y aunque ya te lo figuras, te diré: él es un hombre apasionado. En sus enojos puede ser cruel, muy cruel, y en sus ardores puede ser sublime. Pero cuando está furioso a veces coge el violín y

entonces es cuando mejor toca. Yo le dije un día, no hace mucho, deja toda esta cloaca antes de que sea demasiado tarde, déjales que se harten de sus guerras y vámonos lejos, bajo falsos nombres, lejos, lejos, y en alguna maravillosa ciudad daremos conciertos tú y yo en los grandes escenarios, y seremos famosos y felices. Mira que me haces hablar y hablar, son tus lindos ojos que invitan a volcarse en ellos, ven, acércate al piano, apoya tu cadera en la curvatura, desabrocha un poquitín tu blusa, tendrás que insinuarte para él, pero eso ya lo sabes hacer mejor que yo. Y vamos, en el segundo compás:

Fumar es un placer
genial, sensual...

»Así, muy bien, con la voz algo ronca, que se sienta el humo dentro de tu boca, alrededor de tu boca.

—Un día espléndido. Un lugar paradisíaco.

—Si quiere que le sea franco, barón, le digo que el lugar hace al hombre.

—Con el mayor respeto, Duce, le digo que el hombre crea el lugar que le place.

—Sciocchezza! En Roma, en el Palazzo Venezia, como todos saben y temen, soy un tirano, un bruto, un sátrapa priápico; entre los monumentos que he hecho construir para la eternidad me siento un César poco convincente, pero aquí, barón, bajo esta arboleda magnífica, cerca de Magda y frente a Venus, me siento estupendo. Este soy el verdadero yo, tóqueme.

—Con su venia. Pese a las difíciles circunstancias, en efecto, se ve usted rozagante.

—Es el lugar, le digo. Muy pocos saben que aquí he hecho mi verdadera vida. Lo demás es un mal sueño, una enajenación. También con la Petacci he hecho mi verdadera vida, es cierto. Cuántas vidas verdaderas, cuántas falsas.

—Habrá otras vidas, Duce. Otros lugares. Ya sabe que en Antófaga todo estará preparado...

—Usted y sus castillos en el aire.

—No en el aire, Duce. En el desierto. Usted quería en el desierto. Fue una casualidad descubrir ese lugar paradisíaco. Por encargo vuestro buscaba yo en Antófaga el preciado wolframio, luego de que China dejara de suministrarlo, y he ahí que descubro bauxita y el lugar ideal para un palacio.

—Ah, certo. Un palazzo nel deserto. En la herrería de mi padre, frente a la fragua incandescente, mirando a veces los aburridos montes de Predappio, sin horizonte, soñaba a veces con el frío desierto nocturno, todo estrellado en el cielo hasta los bordes del horizonte, ardiente de día. Por eso me hice con Libia.

—El palacio, además de la gran biblioteca con sus obras preferidas, contará con una sala de música donde Cybeles cantará para usted y otros huéspedes ilustres. Y detrás del palacio habrá un bosque que haré surgir de la

ardiente arena. Y a la salida del bosque estará el mar, y habrá un muelle donde usted podrá atracar cuando quiera, o cuando las circunstancias lo aconsejen.

—Una limpia arena color miel y canela, eso pensaba siempre, mientras vociferaba a la muchedumbre en las escatolíticas plazas de Roma. Un palazzo, dice usted. Certo. Usted me pidió una contribución. Usted siempre con sus raros negocios. E la ragazza, e arrivata? ¿Y que hay de San Gimignano? ¿Le dio los planos Piacentini?

—La ragazza está arriba, Duce, preparándose para usted. Los planos están en mi poder. Pero hay que ir paso a paso. Primero terminar el palacio. Luego la torre.

—¿Cómo la torre? Son por lo menos quince.

—Tenemos que adaptarnos a la situación. A la psicología de los habitantes. Al paisaje. Una ya será suficiente. Un recuerdo de Italia.

—Será muy poco.

—Pero, para mitigar su nostalgia, ¿no sería más de su gusto llevarnos a la Venus?

—¿Mi Venus? ¡Mi diosa de Siracusa! Usted puede creerme capaz de muchas cosas, pero no de un sacrilegio de esa naturaleza. Recuerde que, guardada en una cámara secreta del museo de Nápoles para salvarla de miradas profanas, solo unos pocos podíamos admirarla, hasta el día en que me pareció conveniente pedirla en préstamo para cuidar de su culto personalmente. Y usted quiere que, rescatada de unos bárbaros siglos atrás, la libremos a otros bárbaros. Un spergiuro!

—Calma, Duce. No son tan bárbaros. En el fondo, buenas gentes. Como en todas partes, suelen rebelarse, ellos mismo no saben contra qué, y provocar disturbios. Pero los soldados se encargan de apaciguarles. ¿Quizás una copia de la Venus? ¿En bronce? Pienso solo en su paz espiritual.

—Hable con Jespers. Él entiende de metalurgia. ¿Otro asunto?

—Duce, considere usted que, además de salones, comedores, dependencias, el palacio consta de cincuenta habitaciones, diez de las cuales están destinadas, eventualmente, a usted y su comitiva. Pese a todas mis precauciones financieras, los fondos comienzan a escasear y...

—Ya, ya. A eso quería usted llegar. Todos con la misma cantinela. Mi gloria, mi memoria, mi lugar en la historia, mi salud, mis placeres y deberes lo exigen, todos llegan al mismo final del discurso: I soldi, i soldi. No queda ni una lira más en las arcas, caro barone.

La escalera de mármol, naciendo del muro, a mitad del vuelo se abre en una curva hacia el salón. Es un mármol negro, que contrasta con el granate del friso del muro. Bruno ha tenido en cuenta todo eso para diseñar mi traje, esta seda gris, el cinturón con este broche de pedrerías. ¿Ves? Desciendo lentamente, como me ha dicho, una mano recogiendo ligeramente el borde del traje, la otra apoyada sobre el canto de la baranda, que es también de mármol. Abajo, en el suntuoso salón, Magda al piano y el Duce al violín terminan los

últimos compases de la sonata de Fauré. Yo debo detenerme a mitad de la escalera, donde esta comienza a abrir su curva, no solo para no interrumpir la ejecución, sino para que las miradas, al final de la pieza y tras los aplausos, se alcen hasta mí. Bruno ha dispuesto las cosas de tal modo que uno de los domésticos se ha prestado a dirigir un proyector justamente sobre la escalera. Veo a Magda de espaldas, su frondoso pelo negro en suaves cascadas sobre los hombros desnudos, sus manos tan finas sobre las teclas, y el Duce, inclinado vehementemente sobre su violín y sobre ella, como si quisiera extraerle algo más que la música, algo más sólido y verterlo sobre el cuerpo de su amante, ahora sin las botas, el uniforme y los correajes de sus fotos, vestido con elegantes ropas estivales, pantalón blanco y blusa de seda bordada al estilo balcánico, cuello abierto, mangas anchas, gitanesco. Y en el fondo, sobre los divanes y butacas, mostrándose inspirados por la música, los invitados, ya me los describirá Bruno después, entre otros Bufferini, el ministro del Interior, Scassellati, el prefecto de Como, el general Layers, responsable de la industria bélica, y Wild, el millonario suizo propietario de Roccabruna y amante oficial de la Brard. Y entonces, cuando la música ha terminado y los aplausos han cesado, las caras se levantan hacia mí, expectantes. Tal como acabo de mostrarte, bobo. Sé que tengo que ajustar mis pasos de un peldaño al otro como un deslizamiento, acordes con el deslizamiento de mi mano enguantada de color perla sobre el mármol negro de la baranda. Y solo cuando veo que el Duce ha dejado su violín sobre el piano y avanza hacia mí me apresuro, y ya en el nivel del piso me inclino, extendiendo una mano, que él besa, y cubriendo con la otra la apertura del traje sobre mi seno. Magda se ha levantado del piano y acercándose me besa en las mejillas. Luego me coge de la mano y me presenta a sus huéspedes, que me besuquean los dedos con una patética lascivia. Ahora dime, ¿cómo es que todos esos viejos lobos, hartos de putas y de violar doncellas, se dejan encandilar por mi aparición? ¿Qué tengo yo, no vas a decírmelo?

Cybeles restriega el canto de su pie contra mi mejilla, porque ahora yace recostada, y la suave aspereza de su media me hace decir todo lo que quiere oír, y más todavía. No es solo eso, es su voz, interrumpida por las risillas que le producen sus propias palabras o las situaciones que evocan, sus idas y venidas por la habitación para reproducir algún detalle de su actuación, su cara que acerca a la mía hasta tocarla para observar los efectos, su aliento que me nubla la razón. Ah, pero ahí llega Magda para rescatarme, me coge de la mano y me lleva hasta un costado del piano. Y ahí estamos ambas, ella sentada frente al piano y a la partitura, yo a su lado, apoyando una mano sobre la cubierta, más allá el Duce de pie, apoyándose ligeramente con el codo sobre el pedestal de un busto de Goethe, los huéspedes boquiabiertos, sin saber qué va a venir, y entonces ella alza una mano destellante de diamantes, regalos del Duce y de Wild, y ¡vamos con la música! En el segundo compás yo alzo mi otra mano, destellante de los diamantes de Bruno, como sosteniendo con ella una larga boquilla de marfil imaginaria y canto así, bien

ronquita, solo puedo hacerlo a media voz en tu oído porque perdí la voz en Berna por culpa de ese bruto el cónsul paraguayo

Fumar es un placer
sensual genial
Fumando espero
al hombre que yo quiero
tras los cristales
de alegres ventanales...

»No sabes, me dirá Bruno, mucho mucho después, que cantabas no solo para esos gerifaltes. Problemente tu voz llegaba, atenuadamente, hasta otros pisos, hasta cuartos disimulados detrás de bibliotecas y puertas secretas. ¿Quiénes te oían, con las orejas pegadas al parqué? ¡La resistencia antifascista, querida! Has cantado para la resistencia en las propias barbas del ministro de la policía fascista. Porque la Magda Brard, además de gran pianista, era espía y agente y ocultaba, a pocos metros del lecho donde follaba con el Duce, a quien por lo demás sinceramente amaba, a la crema de la resistencia perseguida por los sabuesos del Duce. Ah, si él te contara, Bruno. Tantas historias. Te diría: ya que ella tanto te interesa ¿crees que nuestra adorada Venus ha nacido de las olas, como cualquiera fulana? No, señor, nació con la intención de placer al Duce, milenios después, en este parque de Antófaga, copiada del original del parque de Roccabruna, y para ello recreada en una fábrica de cañones de Torino por orden del general Jespers, responsable de la industria bélica italiana. Porque ese nazi Jespers era un doble lobo... Jugaba por los dos bandos. Después de todo, como yo... Y así, no pararía nunca. Por ahora, escúchame:

Tendida en la chaise-longue,
soñar y amar...

Cantaba yo con los ojos cerrados y el humo parecía revolotear a mi alrededor. ¿Y qué veo al reabrirlos? Al Duce que da un salto hacia el piano, coge su violín y se une a Magda en el compás siguiente con un arranque apasionado para acompañarla. De pronto ya no es tango, sin dejar de ser tango, un aire napolitano o gitano, una tarantela, qué sé yo, se inmiscuye entre las notas, y el violín alarga algunas frases hasta un disminuyendo tan sostenido que la explosión de las notas siguientes desata mi voz con esta exigencia anhelante

Dame... el humo de tu boca
anda, que así me vuelvo loca...

¿Y qué ocurre en la mirada del Duce? Cybeles se inclina hacia mí y me aprieta el brazo, como si yo pudiera responderle. Es como si en vez de deslizar el arco por las cuerdas, no pienses mal, es como si al tiempo que lo

frota sobre las cuerdas frotara con él todo mi ser. ¡Ay! Cuando termino de cantar y estallan los aplausos y los huéspedes llenos de admiración se levantan y vienen hacia mí, él les hace una seña de rechazo, mueve el mentón hacia Magda para que siga tocando el mismo tango y no sé en qué momento estoy en sus brazos, me ha cogido de la cintura con un brazo como de hierro ardiente, hasta casi quebrarla, y al caer mi cabeza hacia atrás él retrocede dos pasos conmigo y enseguida embiste, y, haciéndome girar, me conduce en un paseo ondulante por el salón, llevados por la música de Magda, que sonríe divertida, paseo súbitamente quebrado, cuando entre una y otra nota hay un suspenso que nos deja inmovilizados un segundo sobre las puntas de los pies, como si fuéramos a izarnos, al término del cual las notas siguientes dan a nuestros pasos la sensación de descender hacia un sueño, y dentro de él, en otras vueltas, hacia adelante, hacia atrás, la pierna de él entre las mías, mi cara sobre su hombro, aun contra mi voluntad mi cara se derrama en éxtasis. ¿Cómo es que el Duce bailaba tan bien el tango?, te preguntarás, lo mismo que yo le pregunté a Bruno. Ah, il Duce, te diría, en su alocada juventud, entre lecturas de Plutarco y Kropotkin tomó clases de francés de una tal mademoiselle Mercuri, que de paso, entre otras cosas, le hizo descubrir el tango y sus primeros pasos, que son ocho, y el pupilo, entusiasmado a tal punto con el baile, en sus secretas escapadas a París y entre sus pequeños negocios de espionaje se dejó caer cada noche chez *Le Tango*, que era el nuevo salón de baile, donde se hizo un experto. Y ahora mira cómo cruza las piernas, el torso hacia un lado, la cadera hacia el otro, y abrazándome de la cintura me deja caer, caer hacia atrás, hasta que doblada veo el cielo, la gran araña refulgente, sátiros persiguiendo ninfas en un círculo de nubecillas y bosques en el cielo raso, él inclinado sobre mí, aturdiéndome con su aliento. ¿Ves? Y ahora, deslizando su mano hacia mi espalda me recoge lentamente hacia sí, clavando sus ojos en los míos, y cuando las notas se arrastran antes de alcanzar un clímax descruza las piernas, retrocede conmigo dos pasos y con el acorde final, al mismo tiempo que Magda golpea las últimas notas, me atrae hacia su cuerpo con tal violencia que no me queda otra que abrir las piernas y quedar montada a horcajadas contra su vientre. Me mantiene así, triunfante. Abrazada a su cuello para no caer, veo por un costado de su cuerpo que Magda se ha levantado del piano y por el otro que hace señas a los huéspedes para que desaparezcan. Estamos solos en el vasto salón, ornado de bustos de mármol de filósofos sobre pedestales, jarrones chinos, palmeras, cuadros y tapices. Sin decir palabra me atrae hacia su cara, me levanta desde abajo y hace que le monte de frente, abrazando su cintura con las piernas, las manos siempre abrazándole el cuello, y en esa posición, formando ambos una especie de animal quimérico o mitológico, con toda calma, comienza a subir por la escalera conmigo. A mitad de ella, al término de la curva, alcanzo a ver que un doméstico entra apresuradamente para apagar el proyector que nos baña de luz. No te diré más. A la mañana siguiente, al despertar, siento algo dentro de mi puño cerrado. Algo suave, que en su interior parece contener una

materia dura y a la vez escurridiza. Abro los ojos, ¿pero dónde estoy?, ¿cómo he llegado hasta este gigantesco lecho con doseles dentro de una habitación que es como una sala de museo? Abro los ojos te digo y pese a la penumbra descubro dentro de mi mano un pequeño bolso negro. Aflojo el cordón que anuda su cuello y su contenido, en parte, se derrama refulgiendo sobre la cama. Eran diamantes.

Dudas

Ya no sé cuánto tiempo anduve vagando por la orilla del mar, por entre montículos de arena, con una mano hundida en un bolsillo del pantalón, apretando el saquillo de diamantes. Un par de días quizás, todo eso se me vuelve confuso. Una mezcla de regocijo y miedo me impedía tomar alguna decisión. Me resistía a enfrentarme con Cybeles, porque sabía que sería incapaz de resistir la tentación de sorprenderla con mi descubrimiento. Anticipaba su aliento expectante mientras le pedía cerrar los ojos y ponía el saquito entre sus manos; la imagen de su júbilo al abrirlo y verter su contenido sobre la alfombra; sus brazos alrededor de mi cuello, sus exclamaciones, sentirme el autor de su dicha... todo eso me exaltaba y me aterraba. Porque entonces, ¿qué?, ¿qué venía después? Ayúdame a escapar, me había dicho ella. Huyamos juntos... Al comienzo había considerado que eso de escaparnos era un juego, otra de sus provocaciones, pero su insistencia en que el barón la había defraudado al prometerle una vida feérica entre huéspedes ilustres que nunca llegaron y su obstinación en creer que recuperaría la voz y volvería a ser célebre lejos de allí habían terminado por inquietarme, y ahora que tenía los diamantes con mayor razón. En medio de tantas vueltas, vista desde lejos, la mansión del barón con sus copos de palmeras emergiendo de las dunas que rodean la muralla me pareció un espejismo y mi vida allí una de esas alucinaciones que se interponen porfiadamente en el campo visual. La idea de no volver, la perspectiva de lo desconocido, de la aventura, me inquietaron. ¿Es que no estábamos bien así, ella contándome sus historias, o escuchando sus viejos discos, cuyas voces ella doblaba, susurrándolas? ¿Bailando en la penumbra? ¿O paseando entre las dunas, sobre los camellos? ¿Por qué huir, justamente cuando yo había hallado un refugio de paz y tantos estímulos sensuales, cuando me proponía sugerir al barón, a través de Farid, renovar el parque y el huerto, reconducir el agua a la fuente de Venus, ayudar, quizás, a Frau Kapinski en la cocina, quien últimamente había hecho una observación, muy indirecta, es cierto, sobre lo acertado de una receta mía? ¿No sería mejor, de noche, devolver los diamantes al antebrazo de Venus y quedarnos tan tranquilos, es decir, pretendiendo que sigo buscando los diamantes? Para distraerme de todas esas agobiantes preguntas decidí visitar el circo de Pompeyo y los demás desterrados.

Debí reconocer que muchas cosas habían cambiado. Ante todo había que sorprenderse ante la entrada: las viejas cortinas de tela con sus dragones descoloridos por el sol habían sido reemplazadas por puertas de dos batientes,

forradas, me pareció, de una felpa roja, algo más roja que todo el resto de lo visible, aunque Pompeyo me aseguró más tarde que la administración ahora tomaba medidas para reducir las emisiones de polvo. El mismo Pompeyo, que acudió a saludarme y darme las gracias por mi intervención ante la barona y la de esta ante Benavides, vestía un traje de terciopelo azul, camisa de fantasía y una pajarita amarilla. Una pasarela elevada ocupaba el antiguo lugar de la pista y se habían instalado filas de cómodos asientos. Pompeyo me condujo detrás de la pasarela, hacia los camarines, donde los desterrados se afanaban en probar distintos trajes y se dejaban maquillar y cambiar de maquillaje según las características del traje. Paulina había diseñado la última colección, inspirada por los dibujos de las mortajas de las momias. Por entre las cortinas se podía ver que el público comenzaba a ocupar los asientos a ambos lados de la pasarela, las autoridades cívicas y militares en las primeras filas. Pompeyo parecía excesivamente preocupado con los preparativos del desfile como para confiarle algo tan delicado y complicado como un proyecto de fuga con mi tía gracias a unos diamantes hallados en el brazo de Venus. Tenía que resolver el dilema solo. Pompeyo daba órdenes de encender los reflectores y apenas agitó una mano para despedirme. Eché una última mirada entre las cortinas para mirar al público. Un militar en uniforme de gran parada y una dama toda de lamé negro con tapado de armiño eran conducidos por una acomodadora a sus asientos. Eran Benavides y tía Cybeles.

Dudas del barón

—Ya no podemos esperar más, barón. Tengo un presentimiento. No he podido dormir. No entiendo qué es lo que usted espera.

—Yo mismo no lo sé, Emma. Quizás espero una revelación.

—Solo nos faltaba eso. Entretanto, el peligro es inminente. Lo huelo. Y la solución está a nuestro alcance. Como otras veces.

—¿Cuántos hay en el foso?

—Tres, me parece.

—Le parece. ¿Y qué? ¿De qué ha servido? Siempre habrá más sobrinos. Sobrinos hay de sobra.

—Pero este es un caso extremo. Subyugado por ella, ya se lo he dicho. Dispuesto a todo por complacerla. A gente como esta les guía eso que hipócritamente llaman amor. El demonio, si quiere saber.

—Subyugado. El amor. Usted habla de esas cosas como si fueran de otro mundo. Cuántos otros quedaron subyugados, y hoy seguirían estándolo si estuvieran aquí. Ella ha triunfado sobre las ruinas.

—Ya sé, barón. Los años no pasan por ella.

—Tampoco pasan por el demonio. Pobre palurdo, me digo yo, cuando le veo allá abajo, en la fuente de Venus. Subyugado. ¿Pero quién no ha sido víctima de su irreflexiva procacidad, de su inocente impudicia? ¿Quién no ha visto relucientes maquinarias bélicas en lugar de la chatarra que yo les ofrecía? ¿Qué todopoderoso no ha olvidado, por unos instantes, su compostura, su pompa, al oírla cantar sus endiablados tangos con todo su endiablado cuerpo? ¿Es que no hicimos esta mansión con sus cincuenta habitaciones y este parque para que nuestros huéspedes se deleitaran, entre otras cosas, con ella y con su voz?

—Hay días en que usted olvida que nadie nunca vino, que el parque está en ruinas y pronto lo estará la mansión, que estamos solos y que si el sobrino encuentra los diamantes, como va a ocurrir, ella se largará con él para siempre y usted morirá de nostalgia y yo de soledad y horror.

—Y ese Benavides, ¿qué me dice?

—Ah, ese. Es un fanfarrón, y ella le usa para despistarnos.

—Emma, debo decirle algo.

—Sí, barón.

—Él ya ha encontrado los diamantes.

—¡Ach, Gott! ¿Cómo? ¿Y cómo se queda usted tan tranquilo y me deja en la ignorancia?

—Cuando le vi desprender la mano de Venus y extraer el bolsito de su antebrazo me acordé de todo, y me dije: Bruno, tienes que actuar con la mayor prudencia.

—Debemos actuar de inmediato.

—Ella no me perdonaría.

—Ya lo olvidará, como ha olvidado tantas cosas.

—No esta vez, si dice usted que le ha subyugado. Quien subyuga no puede evitar, por pura vanidad, si usted quiere, el efecto de la propia subyugación.

—Qué cosas dice usted en momentos con este. Ella es voluble. Después de unos días de ayuno y llanto volverá a sus tangos y por las noches a visitarle a usted para acompañarle en sus insomnios y al fin hacerle dormir con sus historias mientras piensa en el próximo ardid.

—Emma, es que él no es como los otros.

—¿Qué me dice usted? Salidos de la nada. De la basura. De la noche a la mañana despiertos en un palacio, con una tía lasciva, envueltos en tangos, El Edén, en fin. Usted mismo eligió el nombre.

—No se exceda en sus expresiones. Una bribona, lo sé. Una hembra inflamada. Pretendía sentirse forzada por mí para engatusar a mis clientes, pero, de verdad se lo digo, aunque usted ya lo sabe, que yo sufría porque no era así, yo solo la animaba a hacer una comedia que al fin y al cabo se convertía en otra comedia que ella hacía ante mí, porque vaya usted a saber lo que gozaba fundiendo a los otros con su voz y con las insinuaciones de su cuerpo. Él no tiene la culpa, no es más que una presa. Le he visto abajo, en el jardín. Un sentimental. Uno de esos capaces de admirar lo que ya no existe, de extasiarse ante las rosas que una vez hubo, capaz de creer que el mundo no marcha si no logra hacer fluir el agua otra vez en la fuente de Venus. Un iluso, que sueña con restaurar lo que otros, por despecho, dejaron morir. Ese es su hombre, Emma. ¿Vale la pena?

—Débil o fuerte, igual de nocivo. Un zancudo o un toro son igualmente mortíferos. Yo solo sé que debo protegerle a usted. No permitir que ella le abandone. Y así se hará. Nadie sabrá nada. Fuera de esta casa nadie preguntará por él. La ropa que lleva volverá a los roperos. Será como si no hubiera existido. Y usted queda a salvo, con su bribona, como usted mismo dice.

—Emma, se lo digo afectuosamente: usted es una bestia. ¿Cómo lo hará?

—Déjelo por mi cuenta. Usted no debe saber nada. Evitar emociones. Su estado de salud es prioritario.

—¿Qué hacen ahora?

—Él se ha ido de paseo. Ella cree que debe seguir contentando a

Benavides para que no molesten al sobrino y le acompaña para presenciar un desfile de modas.

—Modas en Antófaga. A eso hemos llegado.

La huida

Para no dejarme ver por ellos había escapado por la puerta trasera y ahora la esperaba en el salón de música, fingiendo leer un tratado de mineralogía de la biblioteca del barón. Que ella debía algunas atenciones a Benavides para que las autoridades militares me dejaran en paz estaba bien, pero aquello de acompañarle vestida de la manera más lujosa y provocativa me desconcertaba. ¿Qué debía pensar? No quería pensar. No quería dudas. Quería certezas, certidumbres. Y para conseguirlas no había otro modo, eso se me había metido en la cabeza, que revelarle mi posesión de los diamantes. Huyamos juntos, me había dicho, en el supuesto de que yo encontrara los diamantes. Y bien, ahí estaban, calientes, en mi bolsillo. La llevaría lejos de allí, lejos de Benavides, lejos de este palacio que hasta entonces me había parecido un asilo edénico, irrenunciable. Todos los riesgos, súbitamente, me parecían preferibles al riesgo de que Benavides se tomara con ella libertades que no quería imaginar, ella que era tan sensible al halago y, sobre todo, a la destreza y dominio de sus pasos de tango. Lejos, me convertiría yo mismo en un soberbio bailarín. Los diamantes nos abrirían todas las puertas. Grandes especialistas le harían recobrar la voz que perdió en Berna por culpa de ese patán, el cónsul paraguayo, y entonces volvería a cantar en los grandes escenarios, y yo, su empresario, su amigo íntimo y secreto, la observaría por entre los telones o desde un palco privado. Tras golpear brevemente, Frau Kapinski había entrado portando una bandeja que dejó sobre la mesita sin decir palabra, esforzándose por conformar una especie de sonrisa de ofrecimiento. En medio de la bandeja de plata labrada había un alto vaso con una bebida verde, perfumada de limón, de aspecto refrescante, en la cual se entrechocaban aún un par de cubos de hielo. Distraído, aunque debería haberme parecido inusual, pues nunca había tenido esa clase de atenciones personales conmigo, hice una mueca de agradecimiento y cogí el vaso, sin levantarlo de la bandeja. Ella permaneció de pie, frente a mí, como en espera de que bebiera y expresara algún comentario. En ese momento se abrió la puerta y aun antes de que Cybeles pusiera un pie adentro el aire de la estancia adquirió esa vibración que su presencia siempre producía y que quizás yo era el único en percibir. Al tiempo que yo me levantaba para recibirla, Frau Kapinski retiró apresuradamente la bandeja, excusándose y anunciando que traería bebidas para los dos. Cybeles la observó algo intrigada, ya que Frau Kapinski nos servía, y sin ninguna obsequiosidad, solo cuando era llamada. Cuando hubo salido, Cybeles se dejó caer a mi lado en el diván, exhausta.

Nunca le había visto ese vestido, negro espejeante, con pequeñas flores doradas.

—Me abruman estas reuniones sociales —dijo.

Pretendí ignorar su mentira. No quería oír otras. No quería hacerle reproches, malograrlo todo. Pero no pude evitarlo:

—¿Qué reuniones?

—Ah, sabes bien que Bruno me obliga a representarle.

—¿Te obliga a ir tan elegante, tan... provocativamente?

—Estás enfurruñado —dijo, y pasó el brazo desnudo alrededor de mi cuello. Me encogí de hombros, mirando hacia otro lado, pero ella acercó su cara sonriente a mi oído y con un susurro sensual y a la vez patético canturreó:

A qué has vuelto de nuevo, decime,
si ya nada queda de tu amor.
Mi cariño ya lo has destrozado
y solo hay cenizas en mi corazón...

Me obligó a sonreír. Era irresistible. Así, de una plumada podía hacer desaparecer todo el resto del tiempo y del espacio, de tal modo que uno quedaba como en la penumbra de un teatro, solo ante el escenario iluminado exclusivamente para ella y lo que ella quisiera hacer ver. La imagen de huir juntos, hacia un mundo donde Cybeles no tendría escapatoria de mí, se impuso sobre toda otra consideración.

—Dime, los diamantes del Duce, ¿estaban dentro de un saquito de tela negra?

Apartó la cara, alarmada, y abriendo los dedos, como para apresarme, me cogió de ambos brazos.

—¿Cómo sabes que era negro?

Había tanta expectación y suspicacia en su mirada, y al mismo tiempo tantas promesas de felicidad, que no pude contenerme.

—Porque lo vi.

Todo cuanto yo había imaginado durante un par de días en mi idas y venidas quedó en suspenso. Llevaba el pequeño bolso en alguno de los múltiples bolsillos de mi traje de colono inglés, o francés, yo ya no sé, y lo extraje con esa mezcla de orgullo de quien quiere provocar admiración, y con el temor, sí, con el temor por el rumbo que iba a determinar la ejecución de ese acto. Ella lo cogió con avidez, aflojó el cordón y arrodillándose vertió el contenido sobre su falda. Eran por lo menos unas veinte piedrecillas refulgentes, cuyo fulgor se multiplicaba sobre la tela de lamé negra y se mezclaba con las florecillas amarillas. Las recogió una y otra vez, derramándolas sobre la falda, las piernas bien abiertas para que no cayeran, y mientras refulgían así, en ese incesante derrame, su mirada se quedó fija en

otra cosa, probablemente en pensamientos, quizás en planes. Era como si otra preocupación le hubiera impedido manifestar la debida sorpresa por mi sensacional hallazgo, y cuando se dio cuenta me preguntó con insistencia, pero siempre sin poder ocultar la impresión de estar pensando en algo diferente, cómo había hecho el descubrimiento. Le conté toda la historia, desde el dibujo deslucido que había encontrado en un pantalón hasta la mano de Venus que había quedado en la mía al desprenderse y revelar el contenido del antebrazo.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó, inquieta.

—Hace dos días.

—¿A qué hora?

—Por la noche. Quizás antes del amanecer.

Movió la cabeza, turbada. Repuso los diamantes en el saquito, apretó el cordón y se quedó mirándome con un aire de compasión.

—Él te ha visto.

—¿Quién me ha visto?

—Bruno.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre que alguien entra al parque de noche lo sabe. Es por el rumor que hacen los pavos, inquietos, frente a su ventana.

—¿Y qué importa que me haya visto? Desde esa distancia solo puede haber visto que pulía la mano de Venus y que esta se desprendió. Además, yo estaba de espaldas.

—Se habrá dado cuenta. Habrá recordado su dibujo, que creía perdido. Uno relaciona esas cosas. Se lo habrá contado a Frau Kapinski.

—Aun así, no es tan grave. Si creyeran que tengo los diamantes, ya me habrían preguntado.

Cybeles resopló, impaciente.

—No entiendes. Estás en peligro. Ven, pasemos a la biblioteca.

—No, no entiendo. ¿Qué podría pasarme?

—No te imaginas.

Con ambos puños apretando el saquito contra su pecho, Cybeles se paseaba agitadamente por la habitación. Nunca la había visto así.

—¿No te das cuenta? —dijo al fin, como si yo hubiera debido saber lo que ella no podía contarme—. No quiero que mueras por mí —y extendió los brazos en mi dirección, como para protegerme—. Ella es muy capaz de matarte.

Creo que sonreí, imaginando a Frau Kapinski, tan impasible y adusta, en una actitud pérfidamente criminal.

—No entiendo —repetí.

—Otros tampoco lo entendieron —hizo un gesto, desechando lo dicho,

como una insensatez. Luego volvió a acercarse a mí—. Si yo me fugo con los diamantes, Bruno morirá. Tenlo por cierto, morirá. Ella lo sabe. ¿Y qué es la vida de ella sin Bruno? Hará cualquier cosa para eliminarte y recobrar los diamantes. Para que Bruno no me pierda. En realidad, ya ha comenzado a hacerlo. Verás...

Llevándome por un instante a la sala de música señaló el lugar donde había estado la bandeja con la bebida y la puerta por donde Frau Kapinski había salido. Mis pensamientos se embrollaron y ella se dio cuenta. Hasta entonces mi idea del barón había sido la de un mercader inescrupuloso y manipulador que tras el fracaso de su fastuoso albergue para ídolos caídos había mantenido a Cybeles ligada a su suerte de inválido por puro egoísmo, sin hacer nada para que recuperara su voz y su vida de cantante. Después de todo lo narrado por ella, oírla confesar que el barón la amara aún tan vehementemente me dejó perplejo. Más todavía imaginar que un momento antes Frau Kapinski había intentado...

Cybeles comenzó a explicarme su plan en voz muy baja, pero eso no le pareció bastante seguro y me condujo de nuevo a la biblioteca, en la sala contigua, cuya puerta cerró con llave.

—Haremos lo siguiente. Yo guardo los diamantes y te dejo el bolso, que relleno así, con estas muestras minerales. Volveremos al salón y llamaré a Frau Kapinski para recordarle que nos traiga bebidas. Coge el saquito, mételo así, en el bolsillo superior de tu chaqueta, envuelto en tu pañuelo. Cuando ella deposite la bandeja sobre la mesita tú estornudarás, sacarás el pañuelo para sonarte y el saquito caerá, caerá solo lo justo para que ella lo vea antes de que tú lo disimules, tanto de ella como de mí, echando el pañuelo encima.

Yo la miraba embelesado exponer todo aquello con movimientos precisos que la tela del traje hacía destellar en los relieves de su cuerpo, movimientos de tango, me parecían, como eran siempre los suyos.

—Y ahora viene lo mejor. Después de un tiempo la volveré a llamar con el pretexto de querer saber si el barón aún está despierto, para darle las buenas noches, y ella tendrá que advertir que el bolsito todavía forma una protuberancia en tu bolsillo. Yo me levantaré, tú te despedirás y subirás a tu cuarto para acostarte. Entonces ella se preparará para asesinarte y recuperar los diamantes. Eso le llevará algún tiempo.

Qué otra cosa sino la fascinación por esos movimientos suyos, por la sonriente seguridad con que disponía el acontecer, donde estaba previsto mi propio fin, que otra cosa sino eso era lo que impedía que yo me inquietara. Bastaba su presencia para que toda mi confianza en ella se restaurara.

—Pero tan pronto como la escuches subir al piso de Bruno para informarle regresarás aquí. Ella jamás pisa la biblioteca si no es para limpiar o llevarle algún libro al barón. Esperarás aquí hasta que yo regrese. Hay mil asuntos que resolver. Nos fugaremos esta misma noche, no hay tiempo que perder. Debo tomar toda clase de precauciones, las cosas deben combinarse

finamente. Los diamantes hablarán por mí. El más pequeño ante sus ojos y todo quedará arreglado con Farid. Él preparará los camellos y los pertrechos. Ya sabrá cómo adormecer los pavos para que Bruno no se percate de nada. Así, cuando todo esté a punto vendré a buscarte. Abdul estará esperándote a la salida del portón. Montarás en él y él te conducirá por sí solo hasta la plataforma de obsidiana negra donde bailamos ¿te acuerdas bien, eh? Allí, bien cubierto, porque las noches son frías, me esperarás. Cuando todo esté a punto te alcanzaré. Fátima seguirá a Abdul, conmigo encima, siempre lo hace, como yo siempre haré, tras de ti. Deberás tener paciencia. Deberé concertar tantas, tantas cosas. Pero no temas, nos iremos lejos, lejos.

Poco tiempo después me conducía, siempre por el pasillo privado, hasta el parque. Allí Farid, con el mayor secreto, sin decir palabra, me llevó hasta el lugar en que, cargado de alforjas, arrodillado, me esperaba Abdul. Debido a la presencia del antiguo esclavo del sultán, Cybeles solo me dio un beso en la mejilla, beso de tía, y me hizo un guiño.

Final

Ya se sabe, Fátima llegó sola. Dos minutos antes, Abdul levantó el belfo y volvió la cabeza hacia el seno que forman las dunas tras de la plataforma de obsidiana. Pronto se oyó un rugido gutural, unas pisadas sigilosas y Abdul se puso de pie. Se hubiera dicho que su expectación era tan grande como la mía. Yo también me había puesto de pie y todo lo que vi fue cómo las dos bestias juntaban sus caras y emitían ruidos que debían ser de entendimiento. Comenzaba a amanecer y me pareció que lo mejor sería prepararse para el calor y montar el parasol que horas antes había descargado de las alforjas de Abdul.

El estupor puede suscitar ese estado en que uno se siente desprendido del propio sufrimiento, que se percibe lejos, fuera de sí, casi como el de un extraño, a tal punto que uno puede simplemente reírse de las propias desventuras.

Antes de la llegada de Fátima, en las primeras horas de espera, eso no ocurría así. Sin que me preocuparan los detalles, contaba el tiempo que Cybeles necesitaba para organizar nuestro transporte luego de haber convertido algún pequeño diamante en dinero y sacado de sus lechos y sobornado a funcionarios y empleados, sus esperas para obtener documentos, reservas de hoteles, sus trucos para dar a nuestra fuga la apariencia de una trivial excursión. Es tan avasalladora, me decía, todo lo vuelve dúctil, transitable. Pero al ver venir a Fátima sola, únicamente preocupada de reunirse con Abdul, todo cambió. Habían transcurrido largas horas de espera, todo el resto de la noche, y como el cielo se aclaraba velozmente, como ocurre en el desierto, me dije: ¿qué vas a hacer ahora? Y como si solo se hubiera tratado de resolver una operación práctica comencé a armar el parasol. Cybeles, con la ayuda de Farid, había pensado en todo y me había aprovisionado con cuanto es necesario para una larga estadía en el desierto, café, licores, tabaco, frutos, agua, sin olvidar las raciones de las bestias. ¿Por qué no observé oportunamente que todo ese avituallamiento era inapropiado para unas horas de espera? ¿Por qué, más bien, me pareció la manifestación de una sagaz precaución? Salvo la sospecha de que en algún lugar yo sufría, me parecía que todo debía estar bien. Que solo faltaba la propia Cybeles. Desprendido de casi toda ansiedad, pensé en probables impedimentos, fácilmente explicables: que algún detalle pudiera haber despertado las sospechas de Frau Kapinski, que Farid, arrepentido, nos hubiera traicionado, que Benavides, siempre fisgón, se hubiera entrometido. Como fuere, Cybeles

sabría desembrollarse, qué duda cabía.

En alguna parte de mí, a la que miraba de reojo y con recelo, sabía que todo lo exterior debía absorberme por completo, ese sol que se izaba a toda velocidad hacia el centro del cielo como tirado desde allí por un hilo, las dunas que destellaban y se deslizaban las unas en las otras, transvasándose, si así pudiera decirse, transformando el paisaje constantemente alrededor de la plataforma; sabía que mi atención debía desviarse de lo principal, disimularme todo camino por donde pudiera producirse una aparición. Unicamente Fátima y Abdul, arrodillados, las piernas dobladas hacia adentro, me miraban con esas caras suyas de pájaros metamorfoseados, como preguntándome: ¿y ahora qué? Ah, si por entre las dunas hubiera emergido Cybeles, la habría tomado por una reverberación, un reflejo de algo imprecisable en el espacio.

No había dormido en toda la noche y por momentos, echado sobre la alfombra, dormitaba como hacen algunos felinos, con los bordes de los ojos abiertos, esperando algo que sabía que no debía esperar. Sufría, qué duda cabe, pero cómo decirlo, era un sufrimiento que ocurría al lado mío, contiguamente, amortiguado por un muro de algodón. Y sin que yo hubiera advertido el progreso, de pronto atardecía. Los rayos del sol, casi horizontales, me obligaron a volver la cabeza, y entonces redescubrí, en el horizonte opuesto, plenamente iluminados, los flamencos rosados meciendo sus cabezas de un lado al otro, en el extremo de sus largos cuellos blancos, como al compás de un inaudible tango que, sin embargo, me sonaba por dentro y que me indujo a ponerme de pie y a efectuar unos pasos de baile sobre la plataforma negra. Al ver mi sombra alargada por los últimos rayos de sol siguiendo mis pasos me pareció que era ella quien me acompañaba y que en alguna parte alguien decía:

Si supieras
que aún dentro del alma
conservo aquel cariño
que tuve para ti...

La culpa es del tango

Venía montado sobre Fátima, lo que era ya un atentado a las reglas. Abdul seguía detrás, protestando. Me despertaron al amanecer con rugidos y empujones de sus morros. Había que volver, ellos lo sabían mejor que yo, solo que ellos sabían adónde volver y yo no tenía la menor idea. Como fuera, puesto que Fátima se había arrodillado junto a mí, me monté entre sus jorobas y bien sujeto a las asas de la montura partimos. Durante horas me dejé mecer, cabecear, totalmente entregado a esa alucinación que producen la arena destellante, el sol sobre la nuca, el aire bullente, casi feliz de vencer así cualquier asomo de un pensamiento. ¿No soñaba con eso cuando venía en el camión de la basura? ¿La calidez, la suavidad, la luminosidad del desierto? Ya de lejos, bufando, jadeando, las bestias anunciaron su llegada. En el portón de entrada al parque nos aguardaba Farid y, lo que yo menos esperaba, Pompeyo. Vestía un correcto traje de empresario. Me ayudó a desmontar.

—¡Qué bien te la han jugado los bellacos! Ya me lo olfateaba yo, cuando les veía en el circo, meciendo sus rodillas juntitas, como al compás de un tango.

En el fondo, es decir ahí al lado, tras el muro de algodón donde no quería sufrir, ya lo había sospechado, Cybeles y Benavides. Ah, cuán lejos estarían ahora, dándose la gran vida con mis diamantes, bailando en los salones dorados, de pisos espejeantes, bajo antiguas lámparas de lágrimas de los grandes hoteles. Quizás ella cantando de nuevo, luego de recuperar la voz perdida por culpa de ese patán, el cónsul paraguayo, ah, ¿qué se podía decir que no fuera lastimoso y a la vez bailable, como un tango? ¿No habían sido bellos momentos los nuestros, después de todo? ¿Qué quitaba la mentira a la belleza? Si me había engañado, ella no tenía la culpa, no, la culpa era del tango, de la pasión venenosa y contagiosa del tango, que te lleva, te gira, te llena la cabeza de quimeras...

—Vamos —estaba diciendo Pompeyo—, te quedarás en el circo con nosotros. Tenemos grandes proyectos.

Al menos tenía un amigo. Le dije que iría por mis cosas y entrando a la mansión por el parque subí a mi cuarto. Exhausto, me eché sobre la cama, pero me levanté de un salto. Me había dado cuenta de que no poseía cosa alguna y de que más bien debía devolver lo que llevaba puesto, el traje arrugado y maltrecho de colono inglés, o francés, alguna vez investigaré la diferencia. Absorto en eso, miraba por la ventana los pavos que reñían sobre las copas de los árboles, disputándose los mejores puestos, cuando oí golpes

en la puerta. Frau Kapinski asomó la cabeza y se quedó observándome con un semblante a la vez de reproche y compasión, una compasión que no convenía a su cara y que, para mostrarse, pujaba por vencer la resistencia de sus labios siempre fruncidos. Al fin suspiró, incapaz de resolver el conflicto, y mirando a un punto indefinido del espacio, con una voz neutra me informó de una tirada:

—El señor barón lamenta profundamente lo ocurrido y le ruega quedarse en casa. Está muy satisfecho con sus trabajos en el jardín y desearía que los prosiga. Será considerado por él como un miembro de la familia. Dígame dónde quiere que le sirva el almuerzo.

En el fondo, todo lo que hago, con ayuda de Farid e incluso de Frau Kapinski, es como una invocación, el huerto otra vez limpio, con sus hilos de plástico repuestos, para retener por las noches el agua de la niebla y destilarla sobre las hortalizas, para gran satisfacción de Fátima y Abdul, y consuelo del barón, que languidece de melancolía, supongo; la fuente de Venus, que vuelve a ser fuente y a reflejar a la diosa en toda su gracia; el antejardín, donde vuelven tímidamente a florecer rosas y madreselvas. Todos saben que son invocaciones, menos Pompeyo, que al ver todo eso me ha propuesto transformar la mansión en un gran hotel, o en un casino, ahora que Antófaga se hace próspera, gracias al esfuerzo de los desterrados y a la eliminación del polvo rojo de la bauxita, pero yo le digo veremos, espera, pues todo lo que hago es como una invocación, yo sé que algún día volverá, me dirá, humilde:

Si me perdonas
el tiempo viejo otra vez vendrá,
la primavera es nuestra vida
verás que todo nos sonreirá.

y así, arriba, desde la torre de San Geminiano, limpia ahora de muerciélagos y otras alimañas, observo, sobre las copas de los árboles y el plumaje de los pavos reales, hipotéticos signos en la vastedad del desierto y me digo no, no fue culpa de ella; cualquier día, cuando se vayan los últimos diamantes, él la abandonará, es la ley del tango, es culpa del tango, que te lleva, te extravía, se te mete en la cabeza con sus mil quimeras, un día volverá, me digo.

Y así cuando vuelvas
mi alma te juro
los ojos extraños
no se asombrarán

Kassel, 2010.

Hernán Valdés

Un total autodidacta, Hernán Valdés ha narrado la historia de su formación como escritor en Chile en su libro *Fantasmas literarios* (Aguilar), trayectoria que luego ha enriquecido en sus casi cuarenta años de residencia en Europa. Sus novelas (*Cuerpo creciente*, 1966; *Zoom*, 1971; *A partir del fin*, 1981; *La historia subyacente*, 1984, y ahora ***Tango en el desierto***) se caracterizan por un uso cuidadoso del lenguaje, una constante interrelación de lo político y la intimidad de los personajes, y por la intención de conducir al lector a visualizar lo narrado, como si de un film se tratara.

Aparte de las obras de ficción, Valdés es conocido también por su ampliamente difundido testimonio *Tejas Verdes, Diario de un campo de concentración en Chile* (1974) y por sus memorias *Fantasmas literarios* (2005).

Nació en Santiago en 1934 y actualmente reside en Alemania, donde tres de sus libros han sido traducidos.



2010, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**
Dr. Aníbal Ariztía 1444,
Providencia, Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax. (56 2) 384 30 60
www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-956-347-052-9
Diseño: Proyecto de Enric Satué
Diseño de Portada: Ricardo Alarcón Klaussen
Conversión ebook: Dimacofi

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana
www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Brasil
www.objetiva.br
Editora Objetiva
Rua Cosme Velho 103 Rio de Janeiro
Tel. (5521) 21997824
Fax (5521) 21997825

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13 nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 – 69
Bogotá
Tel. Y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán – La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día,
Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avda. Mixcoac 274, Colonia Acacias
Delegación Benito Juárez
03240 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Portugal
www.objectiva.pt
Editora Objectiva
Estrada da Outurela, 118
2794-084 Carnaxide
Tel. (+351)214246903/4
Fax (+351) 214246907

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51